

el odio que provocaba el nombre de los Borgia era aún lo bastante intenso para deformar la verdad. De ahí que Guicciardini repita, sin justificarlas, las acusaciones de incesto y envenenamientos masivos. Pocos le discutirían su opinión de que Alejandro fue uno de los papas más afortunados, aunque esa fortuna se debió en buena parte a la incompetencia y las traiciones recíprocas de sus enemigos. Pero el arriesgado juicio moral de Guicciardini —que Alejandro había sido el papa más malvado hasta entonces— es excesivo en el contexto del Papado renacentista. El juicio de la posteridad se basó en las opiniones de los contemporáneos, opiniones impregnadas por el odio de hombres que habían sido despojados o amenazados por el monarca papal, pero que permanecieron indiferentes ante la grotesca corrupción del pontífice salvo cuando pudieron explotarla políticamente. Otros papas se habían mostrado también muy solícitos hacia el progreso de sus hijos, pero pocos lo habían hecho con la energía y el éxito de Alejandro. Y cada hectárea de tierra, cada título conseguido para ellos incrementaba un poco más el odio de los que se veían obligados a entregar sus posesiones a un Borgia bastardo.

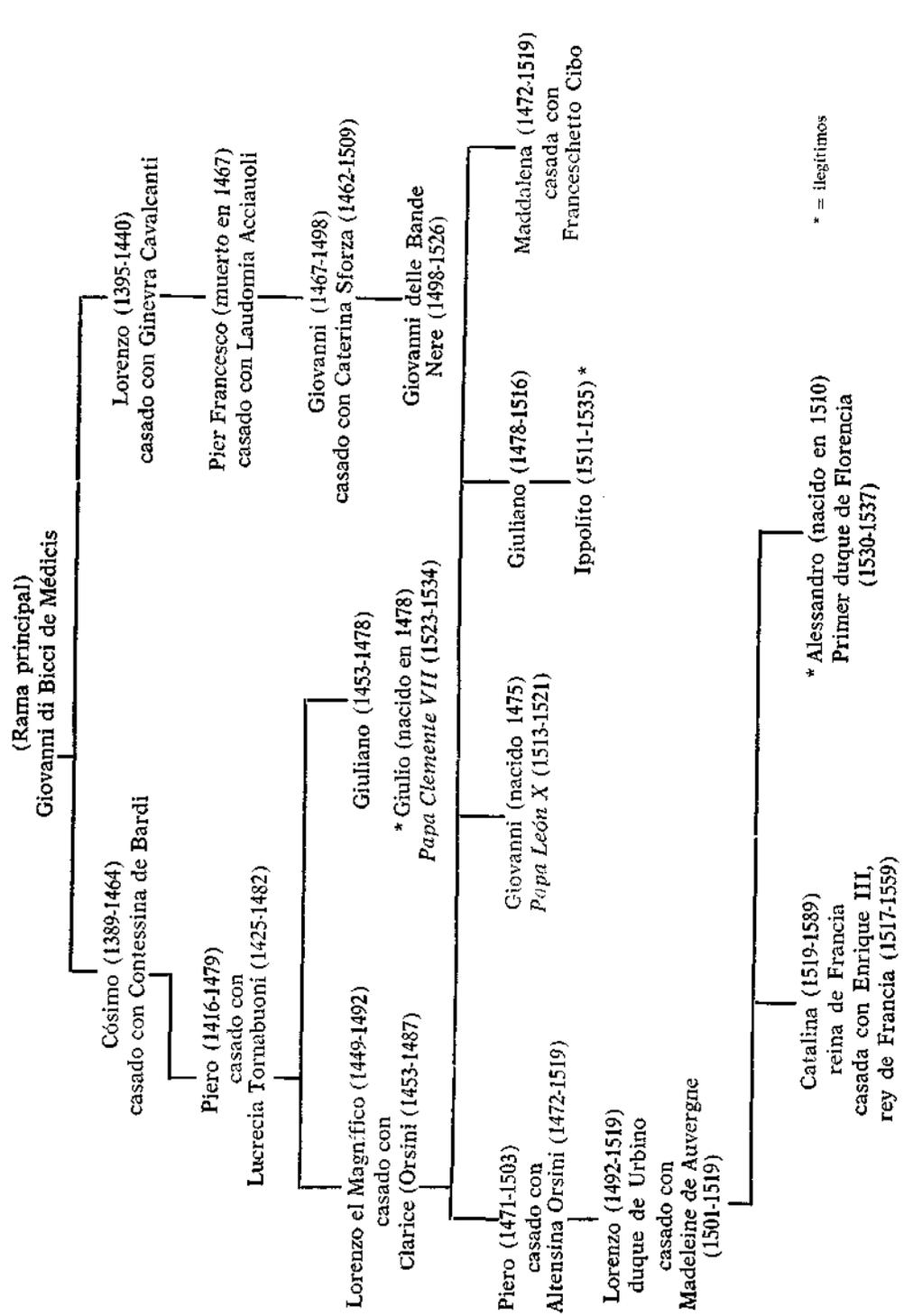
La verdadera solidez del poder de Alejandro se puso de manifiesto con el colapso absoluto sufrido por el imperio de César a la muerte de su padre. Además, tuvo mala suerte. «El mismo día en que fue elegido Julio II —comenta Maquiavelo— [César] me dijo que había previsto todos los obstáculos que podrían surgir a la muerte de su padre, salvo que, en el momento crítico, su propia vida se encontrara en peligro inminente.» Cuando César se recuperó, se encontró con que el gran enemigo de los Borgia, el cardenal Giuliano della Rovere, había sido elegido papa con el nombre de Julio II. *Il papa terribile*, le llamaron los italianos. Aunque prefería vivir dentro de una armadura, tenía la suficiente habilidad diplomática para superar a César en ese terreno. Sólo Lucrecia permaneció leal a su hermano, pero ella podía hacer muy poco en su favor. Rodeado de enemigos, César huyó finalmente a España y allí, tres años después de la muerte de Alejandro, cayó luchando bravamente, pero como un vulgar mercenario.

SEXTA PARTE

La edad de oro

GIOVANNI DE MÉDICIS

Papa León X (1513-1521)



* = ilegítimos

El alto Renacimiento

Julio II, *Il papa terribile*, murió en 1513 y el Colegio de Cardenales despertó de un mal sueño. Los había mortificado durante nueve años, a ellos, a Roma y a toda Italia limpiando el país de la escoria de los Borgia. Fue un hombre duro, violento, honrado, que rara vez se desprendía de la armadura, capaz de hacerle perder el aliento a un hombre como César Borgia y, al mismo tiempo, atraer a su lado a una figura como Miguel Ángel. Bajo sus fieros e impacientes cuidados, la Capilla Sixtina emergió como una de las maravillas de Roma, al tiempo que los Estados Pontificios eran rescatados de las manos de los ladrones y devueltos a la Iglesia. Las horcas romanas se cubrieron de inertes frutos, pero las calles quedaron relativamente limpias de cadáveres abandonados. Logró erradicar de la Iglesia, aunque sólo durante su reinado, la simonía, que se había convertido en una fuente normal de ingresos para los cardenales. Ya en su lecho de muerte, promulgó una bula declarando inválida cualquier elección simoníaca futura. Y para asegurarse de que los cardenales no se dedicarían al pillaje durante el interregno, colocó el tesoro que había ganado a su manera para la Iglesia bajo la custodia del alcaide de Sant'Angelo, con instrucciones estrictas de entregarlo únicamente a su sucesor. Dice mucho en favor de su personalidad el que sus órdenes se cumplieran después de muerto.

Los veinticinco miembros del Sacro Colegio se reunieron en cónclave el 4 de marzo de 1513. Por una vez estuvieron todos de acuerdo en el tipo de pontificado que deseaban: exactamente el opuesto al de Julio II. Estaban cansados de marchas y contramarchas por toda Italia y no querían que los atosigara ni arengara nadie más. Querían un pontífice pacífico y tolerante que levantara aquellas fastidiosas restricciones financieras, que gobernara de una forma civilizada y que

se muriera lo bastante pronto para que otro miembro del Colegio disfrutara de la tiara.

Al cabo de una semana, la elección casi estaba decidida en la persona del cardenal Giovanni de Médicis. Era el hombre ideal en muchos aspectos: inmensamente rico, hijo de la familia reinante en una de las mayores ciudades-Estado de Italia, culto y tolerante. Pero tenía un gran defecto: acababa de cumplir treinta y siete años. Si le elegían, los cardenales de más edad podían renunciar casi con certeza a cualquier posibilidad de poseer algún día la tiara.

Pero, aunque joven, el regordete Giovanni de Médicis no disfrutaba de buena salud. Durante años le había atormentado una úlcera abierta, sus médicos sólo le permitieron asistir al cónclave cuando obtuvieron permiso para acompañarle en todo momento. Fuese por accidente o deliberadamente, su preocupación por la salud del joven aumentó mucho durante las sesiones, y dieron a entender que había muy pocas probabilidades de que el joven cardenal sobreviviera a su grave y penosa enfermedad. Con estas seguridades, los miembros más viejos del Colegio accedieron por fin a dar su visto bueno. El 11 de marzo, el cardenal Giovanni de Médicis, hijo de Lorenzo el Magnífico, fue elegido papa y adoptó el nombre de León X.

Los cardenales acertaron en su valoración del carácter de León. «Dios nos ha dado el Papado: disfrutemos de él»,¹ escribió en cierta ocasión a su amado hermano Giuliano. El placer fue la nota característica de su pontificado, pero un placer civilizado, muy distinto de las groseras orgías de los Borgia, con sus corridas de toros y sus asesinatos al estilo español. León era algo más que italiano: era florentino. Fue en su ciudad donde se produjo, bajo la presión de la guerra, ese misterioso, casi alquímico, cambio que dio lugar al fenómeno conocido como Renacimiento por las generaciones posteriores. Y fue concretamente su familia, con su agudeza para los negocios y su esteticismo, la que había mimado el tierno retoño actuando como padrinos de eruditos y artistas, gastando decenas de miles de aquellos purísimos florines de oro florentinos en su papel de nuevos Mecenas, y cerrando firmemente, de paso, su garra sobre Florencia.

Las mismas causas que habían acabado, una a una, con las antiguas repúblicas de Italia, habían provocado el auge de los Médicis en Florencia. La ciudad había sido una de las últimas en sucumbir al dominio del *signor*, e incluso ahora seguía siendo, al menos en teoría, una república en la que los Médicis eran simplemente *primus inter pares*. La ciudad se había zafado ya dos veces del yugo que descen-

día cautamente sobre ella, y los había lanzado al exilio. Pero las dos veces ellos habían regresado porque Florencia había descubierto, como todas las demás ciudades, que únicamente bajo el gobierno de un hombre poderoso se podía acabar con las eternas luchas intestinas. Lorenzo de Médicis tenía sólo veintiún años cuando

...el segundo día después de la muerte de mi padre, los dirigentes de la ciudad y del Estado vinieron a mi casa para condolerse de mi suerte y al mismo tiempo pedirme que me hiciera cargo de la ciudad y del Estado, como mi padre y mi abuelo lo habían hecho antes que yo. Acepté la responsabilidad con reticencia debido a mi juventud, y únicamente en interés de mis amigos y de sus fortunas; uno vive muy inseguro en Florencia sin control del Estado.²

Aquella resistencia a asumir la responsabilidad fue sincera, pero, una vez asumida, Lorenzo supo desempeñar su misión con habilidad, pilotando dignamente su ciudad a través del período más azaroso y brillante de su historia, incluso cuando procuró beneficiar a los miembros de su familia.

«Tengo tres hijos —comentó una vez Lorenzo—. Uno es bueno, otro es sagaz, y otro es un loco.»³ El loco era Piero, desgraciadamente el mayor, y fue él quien precipitó la segunda expulsión de los Médicis al capitular ante Carlos VIII durante la primera invasión francesa. Giuliano, el bueno, se mantenía a la sombra de su hermano. Giovanni, el sagaz, fue destinado a la Iglesia desde su niñez. Sólo tenía siete años cuando recibió la tonsura, y, lógicamente, Lorenzo aplicó sus talentos de hombre de negocios y estadista a la adquisición de beneficios para su hijo. En 1483, cuando el muchacho tenía sólo ocho años, fue nombrado abad de Font-Douce, en Francia; en 1484 recibió la abadía de Passigano; en 1486, la legendaria abadía de Monte Cassino. Lorenzo, a fuerza de acosar continuamente a Inocencio VIII, consiguió que su hijo fuera nombrado cardenal a los catorce años, pero hasta Inocencio se escandalizó ante la idea de que un niño ejerciera cualquier tipo de poder e insistió en que esperase al menos tres años más antes de ingresar en el Sacro Colegio.

Lorenzo tuvo que resignarse; pero, tan pronto expiró el plazo, Giovanni entró en posesión de su cardenalato y fue enviado a Roma para iniciar su nueva carrera. Ya tenía familia allí, pues su hermana se había casado con Franceschetto, el hijo de Inocencio. Fue su

1. Alberi, *Documenti*, Ser. III, III, 51.

2. *Ricordi*, citado en Roscoe, *Lorenzo*, App III.

3. Alberi, *Relazioni*, 52.

cuñado el que le salió al encuentro en el puente Milvio y le escoltó con gran pompa hasta el Vaticano. Allí lo dejó en manos de Burchard, quien le instruyó brevemente sobre la etiqueta del ceremonial de presentación al pontífice. «Permanecí con el cardenal hasta la caída de la noche —anotó Burchard— y tuve que agrandarle la tonsura. Le enseñé las reverencias que debía hacer ante el pontífice y le instruí sobre otros puntos, como me había ordenado nuestro Muy Santo Señor.»⁴ Llovió durante todo el día siguiente, y Burchard, como de costumbre, estuvo muy preocupado por la posibilidad de que su amado ceremonial saliera mal en algún detalle. Pero un Médico era capaz de dominar un ceremonial con la misma maestría que las finanzas, y el joven Giovanni no le dejó en mal lugar.

Lorenzo sufría ya la enfermedad que le llevaría a la tumba y no pudo tomar parte en ninguna de las festividades que acompañaron la ascensión de su hijo al cardenalato. Tuvo que contentarse con escribirle una larga carta llena de consejos y exhortaciones, curiosa mezcla de sagacidad política y religiosidad sincera destinada a guiar al inexperto muchacho por la jungla de aquel centro de la Cristianidad. Lorenzo no mencionaba, u olvidaba convenientemente, el hecho de que había comprado con oro el alto rango de su hijo.

Hoy te he entregado enteramente a Dios y a Su Santa Iglesia. Sé, pues, un sacerdote digno y actúa de modo que convenza a todos los que te vean de que el bienestar y el honor de la Iglesia y la Santa Sede son para ti lo más importante de este mundo. Si tienes esto siempre presente, no te faltarán oportunidades de servir a nuestra ciudad y a nuestra familia. Estar a bien con la Iglesia es ventajoso para Florencia, y tú debes ser el lazo de unión entre las dos —y el bienestar de nuestra casa depende del de la ciudad.

Lorenzo le recordaba con orgullo a su hijo que

...eres el miembro más joven del Colegio, no sólo del actual Colegio, sino el más joven de todos los cardenales que han existido nunca. Por tanto, en todo lo que hayas de hacer con tus colegas, mantente en un segundo plano, sé observador y respetuoso. Pronto descubrirás que entre ellos los hay merecedores de estima.

Aunque alejado de Roma, Lorenzo conocía muy bien el tipo de compañía que Giovanni tendría en adelante. El Sacro Colegio es-

4. Burchard, *Diariutn*, An. 1489.

ta compuesta en su mayoría por hombres corruptos que, teniendo en cuenta la juventud de Giovanni, procurarían arrastrarle a donde más les conviniera.

En este momento, el Colegio es muy pobre en hombres de valía. Recuerdo los días en que estaba lleno de hombres virtuosos y cultos... y ése es el ejemplo que debes seguir. Cuanto menos te parezcas a los que ahora lo componen, más amado y respetado serás.

Y, finalmente, como un segundo Polonio, Lorenzo daba a su hijo un valioso consejo sobre su conducta personal.

Gasta más tu dinero en mantener unas cuabras bien provistas y unos criados de buena condición que en pompas y alardes... La seda y las joyas son en general inadecuadas para ti, pero deberías poseer algunas antigüedades valiosas y libros hermosos, y tu círculo debe ser más selecto y culto que numeroso... Distráete en casa mejor que comer fuera..., haz mucho ejercicio..., levántate temprano..., cuida de tu salud.⁵

El cardenal Giovanni de Médicis obedeció fielmente los consejos de su padre; el papa León X los ignoró casi uno por uno. El cardenal se había negado a vender su voto a Rodrigo Borgia, incluso a riesgo de su vida; el papa descubrió procedimientos para hacer dinero que ni siquiera los Borgia habían explorado. El cardenal mantuvo dignamente el mecenazgo que los Médicis habían dispensado siempre a los eruditos; bajo su pontificado, esa protección degeneró en el voluble interés del «dilettante». Era como si la tiara tuviese la virtud de agudizar invariablemente las características dominantes de su portador. El hedonismo que el joven cardenal Giovanni había absorbido de la nueva cultura se transformó en un consistente modo de vida del papa León.

La coronación de León X tuvo lugar en un escenario extraño. La antigua basílica de San Pedro estaba demolida casi por completo, y la nueva que surgía de entre sus ruinas era aún poco más que un cascarón vacío. Paris de Grassis, el nuevo maestro de ceremonias, no tuvo más remedio que improvisar. No había ni que pensar en que la coronación se celebrara en un lugar que no estuviera en las cercanías de San Pedro, así que se levantó una tienda frente a la destrozada fachada que era todo lo que quedaba del milenario edificio. León X fue coronado en aquel cobertizo provisional con la pesada

5. Fabronius, II, 308-12.

tiara triple que se había fabricado por encargo de Julio II: una enjorada carga que León acarreó trabajosamente hasta el final de aquel largo día.

Según la tradición, el maestro de ceremonias se acercaba al monarca papal recién coronado y sostenía ante él una caña a la que se había atado un manojito de estopa. Luego prendía fuego a la estopa y, mientras ardía, entonaba la antigua admonición: «Así pasa la gloria de este mundo». El rito era más viejo que el cristianismo, pues en los días del Imperio Romano era costumbre que un esclavo acompañara al general victorioso en su carro murmurando: «Recuerda que no eres más que un hombre» durante todo el trayecto triunfal, intento bienintencionado, pero inútil, de doblegar el absorbente orgullo de un hombre en la cumbre de su carrera. Desde luego, la advertencia no tuvo ningún efecto sobre León, salvo quizás el de incrementar su deseo de saborear todos los placeres antes de que llegara la oscuridad. La otra advertencia de Paris de Grassis, también dictada por la tradición, quizá tocara alguna cuerda sensible de aquel pontífice de treinta y siete años. «Nunca verás los años de Pedro», cantó el maestro de ceremonias: ningún papa reinará nunca tanto tiempo como el primero. Considerando que se creía que el pontificado de Pedro había durado treinta y cinco años, y que León, por su edad podía esperar razonablemente al menos otros treinta de vida, la profecía sonaba en su caso como una amenaza.

La coronación resultó algo grotesca, con los altos dignatarios de la Iglesia apiñados en una tienda de campaña como campesinos en una feria. En cambio, la gran procesión que los llevó después al Palacio Laterano fue un digno preludio de la Era Leonina. Hacía mucho tiempo que el Palacio Vaticano había eclipsado al Laterano. Durante la larga ausencia de los papas en Aviñón, un incendio lo había dejado malparado, y durante casi una generación había sido poco más que unos muros ennegrecidos. Los papas habían restaurado gradualmente parte de su primitivo esplendor, aunque habían seguido derramando sus riquezas sobre el enorme palacio de las cercanías de San Pedro. Sin embargo, el Laterano conservaba una peculiar santidad, y la ceremonia en la que el nuevo papa tomaba posesión oficial del viejo palacio era, como lo había sido siempre, la triunfante culminación de los actos de la coronación.

Roma recordaba aún la *Sacro Possesso* de Alejandro Borgia, pero la de León la superó con mucho. El talento dramático de los Médicis revistió la centenaria ceremonia de una refinada teatralidad. En el séquito de León iba un médico florentino, Gian-Giacomo Penni, uno de los muchos conciudadanos del papa que habían acudido precipi-

tadamente a Roma al oír la noticia de que un florentino ocupaba la sede del poder. Penni era un hombre oscuro en casi todos los aspectos, pero tenía el don florentino del estilo narrativo vivo y, en una larga carta que escribió a la hermana de León, describió con todo detalle esta versión renacentista de la *Sacro Possesso* que inauguró la Era Leonina. Finalizaba la carta —ingenua, o, quizá, irónicamente— de este modo:

Al pensar en toda la pompa y magnificencia que he presenciado, experimenté un deseo tan violento de convertirme yo también en papa que no pude dormir ni descansar en toda la noche. Ya no me extraña que estos prelados deseen tan ardientemente esa dignidad, y en verdad creo que todo la cayo preferiría ser papa a príncipe.

La ruta procesional que llevaba del Vaticano al Laterano había sido adornada con ornamentos que, literalmente, no tenían precio —«estatuas de mármol, alabastro y pórfido que valían el rescate de un rey»—, pues eran los recién descubiertos tesoros artísticos de la Roma pagana que los acaudalados se disputaban ansiosamente. El rico banquero Agostino Chigi había erigido un magnífico arco de ocho columnas, una verdadera obra de arte que fue coronada con los tesoros que habían permanecido tanto tiempo olvidados entre los escombros de la ciudad imperial:

EL TIEMPO DE VENUS HA PASADO: IDO, TAMBIÉN, ESTÁ MARTE.
AHORA ESTAMOS EN EL REINO DE MINERVA.

proclamaba sobre el arco una inscripción en letras doradas. Era una delicada referencia a los recientes reinados de Alejandro y Julio y una adulación a la afición de León hacia la cultura clásica. Un poco más allá del arco de Chigi, el orfebre Antonio da San Marco había colocado una bella estatua griega de Afrodita con una inscripción que corregía sutilmente la de Chigi:

MARTE SE HA IDO Y MINERVA REINA,
PERO VENUS RECLAMA AÚN NUESTRA ADORACIÓN.

Los florentinos se habían roto la cabeza buscando un monumento digno de su ilustre conciudadano. «Al Papa León X, embajador del cielo», rezaba la inscripción de su arco. La maciza estructura estaba

6. Penni, 231.

coronada con todos los símbolos más o menos relacionados con los Médicis: las tres esferas de la familia, el yugo de León, el diamante de su hermano Giuliano, el anillo y las plumas de avestruz de su padre. En general, resultaba más impresionante por su tamaño que por su ejecución.

Todas las casas de la ruta estaban adornadas con ramos y coronas de laurel y mirto, colgaduras y gallardetes de terciopelo y oro. Sobre el pavimento se había extendido una capa tan gruesa de boj y mirto que la inacabable procesión pasó en un curioso silencio, levantando una nube de perfume. Lanceros a caballo encabezaban la columna. Les seguían las «familias» de los cardenales. Cada grupo de criados vestía los colores de su señor.

León era también señor de Roma, así que, detrás de las representaciones de los príncipes de la Iglesia, venían las banderas de Roma —los pendones de los antiguos distritos de la ciudad—. Detrás, los cinco pendones de la Santa Sede —las banderas de la Iglesia temporal— conducidos por el hermanastro ilegítimo de León, Giulio de Médicis, en uniforme de caballero de Rodas. Aquel día, Giulio era sólo prior, pero pronto sería nombrado arzobispo de Florencia como primer paso de la brillante carrera que ahora se abría ante él por ser un Médicis.

Tras los pendones pasó una recua de mulas blancas de los Establos papales, y a continuación los jóvenes caballeros de la corte, todos de noble cuna y vestidos con túnicas de seda roja bordada de armiño. Seguía un grupo de nobles romanos a caballo, nobles cuyos nombres estaban íntimamente ligados a la historia del Papado —Orsini y Colonna, Gaetani, Savelli, Santa Croce— y ahora en aparente armonía. Pisándoles los talones, llegaron los notables florentinos Banqueros y comerciantes, no podían presumir de nombres tan espléndidos como los romanos, pero poseían algo bastante más importante: acceso a los depósitos de oro que hacían posible aquel esplendor y les aseguraban un lugar de honor en el mismo.

Y después del paso de los seglares, después que soldados y financieros de la Santa Sede hubieran pisado la gruesa alfombra vegetal entre los vítores —admirativos o irónicos— de la vociferante multitud, llegó el clero, encabezado por los diáconos y subdiáconos con las varas de plata de su cargo. El caballo blanco que llevaba el Sacramento caminaba solo, flanqueado únicamente por los que sostenían el palio dorado. Y a continuación, como un río de negros, violetas y escarlatas, pasaron los cientos de funcionarios de bajo rango de la curia. El frufrú de sus sotanas sonaba como un viento suave. Eran los abogados y escribientes que mantenían la inmensa máquina

en marcha; hombres humildes, pero que, en conjunto, tenían un poder más real que el magnífico grupo de cardenales que les seguía. Al frente del Sacro Colegio cabalgaba un apuesto joven, Alfonso Petrucci, cardenal de Siena, otro hombre destino iba a cambiar inexorablemente por el hecho de que un Médicis fuese papa. Su caballo, como los de sus colegas, lucía los símbolos, celosamente conservados, del poder senatorial: las ondeantes gualdrapas blancas que habían heredado de los senadores de Roma. Inmediatamente detrás de los cardenales desfilaron los que, en estricta justicia, debían vestir el sagrado blanco —los protectores de Roma—, los auténticos descendientes del Senado, reducidos ahora a la condición de humildes funcionarios de la corte papal.

Y, por último, llegó León, precedido de la Guardia Suiza. Aquellos rudos veteranos, reclutados por Julio, desentonaban con sus chillones uniformes verdes, blancos y amarillos, pero eran soldados formidables, tan capaces de mantener a raya a las turbas como de derrotar al enemigo en campo abierto. León montaba un garañón árabe, una gigantesca criatura blanca que él amaba como si fuese humana. Sobre su cabeza, como sobre el Sacramento, un gran palio de seda sostenido por funcionarios. Pero, a pesar de esa protección, el calor de aquel día de principios de primavera afectaba mucho al corpulento pontífice. Penni observa que sudaba copiosamente y que parecía agobiado por el peso de la tiara y de las ropas enjovadas. Es indudable que León se sintió físicamente muy incómodo durante toda la procesión. Pero no dio la menor muestra de ello. Se mantuvo erguido sobre su montura, a pesar de la úlcera que debía producirle agudos dolores de cuando en cuando, y prodigó majestuosa y afablemente sus bendiciones a la multitud. Tras él venían dos chambelanes con sendas bolsas llenas de monedas de oro y plata. A intervalos regulares cogían grandes puñados y, como sembradores en un campo, las arrojaban sobre las cabezas de la jubilosa multitud que flanqueaba la ruta.

La ceremonia de la *Sacro Possesso* le costó a León unos 100.000 ducados. Es decir, que derrochó en una sola fiesta una séptima parte de la reserva que había reunido Julio, significativo índice de la prodigalidad extrema que caracterizaría los siete años siguientes. Las gentes llamarían después al reinado de León la Edad de Oro, y, por una vez, la hipérbole de los cortesanos reflejaría la verdad, pues el reinado de León X transcurrió bajo una lluvia de monedas de oro que convertiría Roma en una cámara de los tesoros que pedía a gritos un saqueador.

León, como su padre, tenía un físico poco atractivo. Su cabeza

era enorme, casi deforme de puro grande, y su tronco era tan voluminoso que, sentado, daba la impresión de un hombre muy alto. Pero de pie perdía buena parte de su majestad, pues sus piernas eran ridículamente cortas y delgadas; cuando andaba, parecía corretear. Sus ojos saltones, plantados en medio de un rostro rojo y chato, eran dolorosamente miopes. Un rasgo típico en él era el bello monóculo que utilizaba para examinar a sus interlocutores o descifrar sus amados manuscritos. Veía muy mal, si es que los veía, los objetos situados a cierta distancia. Durante toda la ceremonia de la *Sacro Possesso*, un funcionario le iba comunicando discretamente las aduladoras inscripciones que adornaban la ruta.

Pero, en contraste con aquel cuerpo tan poco agraciado, tenía una atractiva personalidad. Hablaba claramente, con lucidez. Su voz era suave, amable. A menudo reía espontáneamente. Se interesaba por las personas sin que le importara mucho su posición social, exigiéndoles únicamente que le divirtieran.

Parece ser que tenía la intención de pasar su tiempo alegremente y de emplear todos los medios a su disposición, para evitarse problemas y ansiedades. Por tanto, buscó todas las oportunidades de placer e hilaridad, y pasó sus ocios en diversiones, chanzas y canciones..., por una inclinación natural hacia esta clase de pasatiempos, o porque creía poder alargar sus días evitando vejaciones y cuidados.

Así opinaba Paolo Giovio, escritor a quien el propio León comparó con Tito Livio. Y, desde luego, aunque no fue un hipocondríaco, León extremó el cuidado de su salud. Su inmoderada pasión por la caza, que escandalizó después a los alemanes, surgía, en parte, de su creencia en que era buena para la salud. En realidad, los deportes eran su obsesión. El derecho canónico se los negaba explícitamente y él intentó renunciar a ellos en los primeros meses de su reinado, pero no pasó mucho tiempo antes de que volviera a entregarse a su afición favorita. Desde entonces, solamente la caza era capaz de apartarle de los placeres de Roma.

Los preparativos de una partida de caza eran impresionantes. Le acompañaba toda la corte, y él se ocupaba personalmente de arreglar todo lo necesario para el entretenimiento de los altos funcionarios, las favoritas y los embajadores extranjeros que formaban el núcleo central. En cierta ocasión escribió lo siguiente al castellano de la villa papal cercana a Civitavecchia: «Estaré en Civitavecchia el 24 de

7. Giovio, *Leo X*, IV.

este mes con una gran compañía. Debes asegurarte de que haya buena comida con abundancia de pescado para mí, pues estoy ansioso por hacer un despliegue regio ante los hombres de letras y otros que serán mis compañeros... Seremos 140 en total, y eso te servirá de guía, así que no puede haber errores por ignorancia».

A comienzos de otoño, el grupo papal iniciaría una gira de placer por las más bellas reservas de la Italia central. Primero a Viterbo, para la caza de aves, y después al lago Bolsena, para pescar y disfrutar de los suntuosos esparcimientos preparados por Alessandro Farnese, el «Cardenal Faldero», en sus soberbias posesiones de placer. Luego avanzarían lentamente hacia el Norte, hasta Toscana y la villa próxima a Civitavecchia, para practicar allí la peligrosa y excitante caza del oso salvaje y —el más noble de los deportes— del ciervo. Su atuendo de caza era fuente de profundo desagrado para París de Grassis: «Salió de Roma sin su estola y, lo que es peor, sin su roquete..., y lo peor de todo es que calzaba altas botas de montar, lo cual es de lo más impropio. ¿Cómo puede besar la gente sus pies si los lleva metidos en botas de montar?». El metafísico problema de si sus pies se podían besar o no con unas botas de por medio dejaba a León completamente frío. Cubierto con sus lujosas, aunque poco canónicas, prendas, pasó muchos días felices en los que, en los intermedios entre cacería y cacería, despachó los asuntos de la Iglesia. Los cortesanos pronto se dieron cuenta de que el mejor momento para presentar una petición era poco después de la partida. El buen carácter y la generosidad propias del pontífice llegaban entonces a la exuberancia.

A León le gustaba que la gente fuese feliz, que le agradara el ser amada, y nunca rechazaba una petición si le era posible evitarlo. Su llegada a la villa de Malliana, su favorita, situada a unos ocho kilómetros de Roma, fue saludada por el desbordado júbilo de los campesinos que flanqueaban el camino como si se tratara de un desfile triunfal. De la cornucopia papal manaban, para grandes y pequeños, regalos en oro, concesiones de dotes, pensiones y derechos de uno u otro tipo. Y como la mayoría de las peticiones entrañaban la concesión de ingresos en una u otra forma, su despreocupada generosidad dejó profundas huellas en el tesoro de la Santa Sede. Pero las existencias parecían inagotables en los primeros y alegres años de su pontificado. Tenía su fortuna personal como Médicis, y había he-

8. Citado en Groli, *Le caccie di Leone X*.

9. Grassis, An. 1515.

redado el inmenso tesoro acumulado y fielmente administrado, durante nueve años, por su predecesor, Julio II.

León tuvo necesidad de dinero desde el principio, aunque sólo fuera para mantener aquella fantástica orgía de gastos en que se había sumergido Roma. La ciudad presentaba un curioso contraste entre la miseria pública y el lujo privado. Para los peregrinos, que todavía llegaban a miles, era una ciudad triste e inhóspita. Las obras de demolición iniciadas un siglo antes estaban en todo su apogeo, pero los nuevos edificios aún no eran visibles. Enormes palacios se alzaban en calles hediondas o llenas de escombros. Las llamativas procesiones en las que los cascos de los caballos reducían a pulpa innumerables flores transcurrían por callejuelas sucias donde los escombros acumulados durante siglos iban elevando gradualmente el nivel de la ciudad. Pero en el interior de los palacios, diseñados por hombres que alcanzarían la inmortalidad, se mantenía un esplendor casi oriental y a un precio que hubiese hecho de Nerón un hombre reflexivo y prudente.

Los más gastadores eran los banqueros florentinos, cuya habilidad para los negocios había financiado esta pompa dorada. Los florentinos habían inundado Roma tras la elección de un Médicois, siguiendo con ello la costumbre establecida, según la cual los compatriotas de un papa se beneficiaban, o esperaban beneficiarse, automáticamente de la elección. La atmósfera de Roma, capaz de corromperlo todo, parecía haber destruido su característica cautela. Lorenzo Strozzi, cuyo banco familiar había financiado a los monarcas de Europa, dio un banquete a los parientes de León cuyo coste hubiera bastado para financiar los gastos de un pequeño Estado durante un año. Reformó completamente su palacio para la ocasión. Los invitados penetraron en una vasta y sombría estancia ornada como una cámara mortuoria; después de recibir semejante impresión, entraban en un salón brillantemente iluminado y espléndidamente decorado al que llegaban los alimentos mediante una compleja maquinaria, fruto del genio de un gran artista cuyo talento se había desviado hacia la fabricación de juguetes.

Agostino Chigi superó incluso a Strozzi en un banquete que organizó para León en su villa del Tíber. El menú era lo bastante exótico para intrigar, aunque no para agradar, al paladar más refinado: el valor culinario de las lenguas de loro de África y de los peces vivos traídos expresamente de Bizancio debía residir fundamentalmente en su novedad. Los alimentos se sirvieron en platos de oro, y, después de vaciados, eran arrojados al Tíber por la ventana con estudiada indiferencia. Chigi, menos manirroto de lo que quería apa-

rentar, había ordenado que fuesen colocadas unas redes bajo las ventanas para recuperar la vajilla, pero el oro recuperado supuso un mínimo ahorro respecto al coste total del banquete, en el que deliberadamente se reprodujo la atmósfera de los festines de la Roma clásica.

Ni siquiera faltaron las *hetaerae*, la compañía femenina necesaria para equilibrar las filas exclusivamente masculinas de un clero célibe. Ahora se las conocía con el nombre de cortesanas: mujeres brillantes, cultas, bellas, que mantenían sus propias cortes y que no consideraban un deshonor el que su profesión apareciera en los epitafios de sus tumbas. Eran las compañeras ideales para hombres como León, aficionado a las mujeres pero sin ningún deseo de comprometerse definitivamente con una querida exigente.

«Ahora estamos en el reino de Minerva», había proclamado la inscripción de Chigi. Aquella lisonja, aunque exageraba los méritos culturales de León, reflejaba fielmente sus intenciones. Era un hombre de cultura extensa, aunque no profunda; participaba en los recién nacidos estudios del griego, y era capaz de escribir poemas breves y epigramas de cierta calidad. Su mayor afición intelectual era el estudio de la Antigüedad, que había iniciado en la corte de su padre, y que, ahora, en pleno mediodía renacentista, dominaba la cultura italiana. Toda persona capaz de impulsar esos estudios, aunque fuera superficialmente, era recibida con los brazos abiertos en la corte de León. La cancillería papal, el corazón administrativo de la curia, estaba compuesta casi exclusivamente por miembros de esta nueva raza de eruditos. Su moral podía ser equívoca, su fe cristiana dudosa, pero eran capaces de reproducir las cadencias del latín ciceroniano; y este limitado logro bastaba para que León les concediera todos los títulos y honores que estaba en su mano conceder.

La lluvia de oro caía bastante caprichosamente. Pietro Bembo, el intelectual veneciano que estaba tan estrechamente relacionado con la gran imprenta de Aldus Manuce, fue nombrado secretario de Estado. Paolo Giovio consiguió un obispado por sus esmerados ensayos y sus elegantes historietas. Pietro Aretino, el satírico fanfarrón, aficionado empedernido a los cuentos pornográficos, no estaba calificado para un nombramiento eclesiástico, pero tampoco tuvo razones para quejarse, porque su bolsa estaba permanentemente llena gracias a aquel manantial aparentemente inagotable. Fue quizás el favorito de León, y su prosperidad continuó hasta que el sobrio sucesor de León, Adriano, le expulsó por culpa de unos versos particularmente obscenos.

Pero otros eruditos tuvieron menos suerte. Las comedias licen-

ciosas de Nicolás Maquiavelo fueron bien recibidas, pero su talento como filósofo político fue totalmente ignorado y tuvo que quedarse relegado en Florencia mientras conciudadanos con más suerte llenaban sus bolsillos de oro. El otro gran florentino, Francesco Guicciardini, el autor de una historia de su tiempo que contiene juicios imperecederos sobre el gobierno de los Médicis, apenas brilló más que Maquiavelo, pero al menos consiguió una gobernaduría, honor duro y peligroso que no puede compararse con los concedidos a tantos poetastros al menor verso afortunado.

Erasmo de Rotterdam, quizás el intelectual más completo de su tiempo, no ocultó que aceptaría de buena gana un puesto en Roma. Pero sus insinuaciones fueron ignoradas, y el Papado pagaría después un alto precio por ello. Ludovico Ariosto, el más grande de los poetas italianos vivos, llegó a Roma lleno de esperanzas que pronto se frustraron. Aquella actitud resultó especialmente dolorosa para él, pues había sido íntimo amigo de León en los viejos tiempos, «cuando el león no era más que un cachorro: entonces sentía afecto por su compañero de juegos, el perro de aguas; pero, cuando llegó a su condición de león, encontró tantos zorros y lobos en su cubil, que se olvidó de su antiguo compañero».¹⁰

La afición de León a los estudios clásicos era tan fuerte, aparecía siempre tan rodeado de humanistas, que muchos tuvieron la impresión de que cultivaba la literatura profana a expensas de las Escrituras, que estaba absorbiendo el escepticismo de los humanistas al mismo tiempo que su cultura. «Qué provechosa nos ha sido esa fábula de Cristo a lo largo de los siglos»,¹¹ comentó despreocupadamente con Bembo cuando éste le citó en cierta ocasión los Evangelios. El papa León era muy aficionado a las bromas, disfrutaba mucho convirtiendo en epigramas los pensamientos festivos, y Bembo no le dio importancia a la frase. Pero cada vez se especulaba más sobre la clase de hombre que habría realmente bajo aquella máscara mundana y culta. Hasta el infame Rodrigo Borgia, se decía, había posado para su retrato en el acto de adorar a Cristo resucitado. En cambio, el retrato favorito de León le mostraba con un valioso manuscrito, y el monóculo a un lado.

León había heredado de Julio II los servicios de Miguel Ángel y de Rafael. Miguel Ángel tenía un carácter demasiado intratable para desempeñar bien el papel de pintor de corte de un papa tan

10. Cuarta Sátira.

sociable. Rafael, en cambio, estaba hecho para eso, y se convirtió en una especie de propagandista al servicio de los Médicis. La grandeza y la gloria de León se perdían en la oscuridad de los siglos, y se beneficiaban de la visión de la profecía. El primer encargo que recibió Rafael fue, por tanto, inmortalizar las acciones de los grandes Leones de la historia: León I, que había frenado a Atila; León III, que había coronado a Carlomagno; León IV, que había construido la Ciudad Leonina... y todos fueron representados con los rasgos de Giovanni de Médicis.

En la *Sala di Constantino*, la última de las decoradas por él, Rafael tenía intención de representar el triunfo de la Iglesia, y, a petición de León, preparó el cartón en el que se ensalzaba un mito desacreditado ya en todos los círculos cultos de Europa. Habían pasado casi ochenta años desde que Lorenzo Valla demoliera la *Donación de Constantino*. La polémica había escapado hacía tiempo de las manos de los eruditos y ahora era propiedad común de todas las personas cultas, hasta el punto de que Ariosto se refirió a ella casualmente cuando su héroe, *Orlando furioso*, se paseaba por la luna:

*Entonces pasó sobre una florida montaña verde
que tan pronto huele dulcemente como hiede.
Este fue el don (si deseas oír la verdad)
que Constantino concedió al buen Silvestre.*

Pero León, indiferente a las burlas que eruditos y guasones se permitían en este asunto, ordenó que se consagrara un fresco gigantesco a la perpetuación del mito.

La *Donación* tenía una función secundaria que luego pasó a ser la más importante: preservar para la posteridad el aspecto que tenía el interior de la antigua basílica de San Pedro. Rafael, con un anacronismo curioso, aunque artísticamente justificable, situó la *Donación de Constantino* en la basílica que surgió precisamente como resultado de la misma. El antiguo templo era ahora un montón de escombros, pues Julio II, impetuoso en esto como en todo, había hecho realidad el sueño de construir un nuevo San Pedro que se venía acariciando en Roma desde medio siglo antes. Se había colocado la primera piedra el 18 de abril de 1506 —la última ceremonia organizada por John Burchard—, y, a partir de ese momento, la basílica de Constantino empezó a pasar a la Historia entre nubes de polvo y acaloradas discusiones. Miguel Ángel se había opuesto con particular virulencia a la destrucción de aquellas columnas gigantes, legado de la Roma precristiana, ya que los arquitectos de Constantino

se las habían arrebatado a los templos paganos. Bajo tierra, la tumba de san Pedro se convirtió de nuevo en el centro de una frenética actividad constructora. Las tumbas de innumerables pontífices fueron sacadas a su alrededor de su reposo de siglos. Unos recibieron emplazamientos igualmente honrosos, otros fueron menos afortunados. Los burócratas pontificios humillaron a Urbano VI en la muerte como le habían humillado en vida: su sarcófago acabó sirviendo de abrevadero.

La tormentosa polémica alrededor de San Pedro había remitido cuando León asumió la dirección de las obras. La destrucción era un hecho consumado, y ahora el único problema era el de la construcción. Rafael sucedió provisionalmente a Bramante como arquitecto de aquella obra faraónica. En una de sus cartas no sólo habla de la emoción que sentía, sino de ese problema cuya solución sería una burla del espíritu de unidad que debía simbolizar la basílica.

Me he hecho cargo de la construcción de San Pedro. ¿Qué ciudad del mundo es mayor que Roma, y qué edificio más grande que San Pedro? Es el mayor templo del mundo, el edificio más grande que se ha visto nunca. Va a costar más de un millón en oro, y puedo asegurarte que el papa está decidido a gastarse 60.000 ducados en él durante el año que viene, y que no puede pensar en otra cosa.¹¹

San Pedro era la mayor carga artística que pesaba sobre el bolsillo de León, pero había, además, un buen puñado de canales parecidos que se tragaban el oro de un hombre de quien comentó un florentino: «Le sería más fácil a una piedra volar por el aire que a este papa mantener juntos mil ducados».¹² Un aspecto positivo de los enormes gastos de León fue su intento de proteger las ruinas de la antigua Roma y poner fin a la larga y lamentable historia de la depredación de Roma por los propios romanos. Rafael recibió el encargo de inventariar los restos y remediar su destrucción. En su breve de autorización, León observaba: «Con frecuencia se descubren grandes cantidades de piedra y mármol con inscripciones o curiosos artificios monumentales que merecen conservarse para la promoción de la literatura y el cultivo de la lengua latina. Pero con frecuencia se cortan o rompen para utilizarlas como material de construcción de los nuevos edificios».¹³ La pasión por el descubrimiento

de bellas estatuas y objetos de alto valor intrínseco había convertido Roma en el paraíso de los buscadores de tesoros. Dice mucho en favor de la cultura de León el que supiera apreciar el valor de inscripciones casi ilegibles, tanto como el de otros objetos de mérito más evidente.

El informe de Rafael a su señor indica claramente hasta qué punto se había alejado el Papado de aquella actitud suspicaz hacia las obras paganas que había adoptado al principio. «¿Cuántos ha habido que, disfrutando el mismo oficio que Su Santidad —pero no los mismos conocimientos, ni la misma grandeza de espíritu, ni esa clemencia en la que os asemejáis a la Deidad—, cuántos ha habido que se han dedicado a la demolición de templos antiguos, estatuas, arcos y otras obras gloriosas?» Tras despachar así a la mayoría de los predecesores de León como vándalos rapaces, Rafael concluía tímidamente que el auténtico papel del papa era «dejar que los ejemplos de los antiguos hablen por sí mismos, igualarlos y superarlos con la erección de edificios espléndidos, con el aliento y la remuneración de los talentos y el genio, y con la distribución entre los príncipes de la Cristiandad de las benditas semillas de la paz».¹⁴

La retórica humanista pasaba con embarazosa facilidad a la ironía involuntaria. Mientras Rafael hurgaba afanosamente entre las ruinas de Roma, Su Santidad esparcía las semillas de la paz en Italia precipitando una guerra para hacer posible el establecimiento de una dinastía Médicis.

11. Bale, *Pageant of the Popes*.

12. Vettori, 322.

13. Visconti, 14.

14. *Ibid.*, 20.

Triunfo de los Médicis

Italia se encontraba como una nuez entre las mandíbulas de una tenaza. En el Sur, los españoles, tras arrojar violentamente a los franceses una vez concluida su santa y efímera alianza, mantenían firmemente su dominio sobre Nápoles. En el Norte, los franceses ejercían su hegemonía centrados en la difícil base de Milán. Julio había tenido un solo grito de guerra en todo su furioso pontificado: «¡Fuera, fuera los bárbaros!». Había odiado a los franceses un poquito más que a los españoles, y había utilizado a los segundos para desalojar a los primeros. Desalojar, que no destruir, pues los franceses recurrieron a sus complicadas alianzas para recuperar su cabeza de puente lombarda. La casi olvidada expedición de Carlos VIII había puesto en marcha una cadena de acontecimientos destinada a obligar, hasta el siglo XIX, a que las nuevas naciones de Europa descendieran inexorablemente a Italia para solventar allí sus diferencias. La sangre y la ferocidad volvieron a las guerras italianas. Las ciudades habían mantenido durante generaciones un precario equilibrio mediante el empleo de mercenarios, y lo que les interesaba a los mercenarios era el rescate, no la victoria. Pero, ahora, de pronto, los odios raciales irrumpieron brutalmente en aquel civilizado juego.

Españoles y franceses, suizos y alemanes gobernaron alternativamente Milán y la Lombardía; ya no eran italianos los que les expulsaban, sino agrupaciones masivas de otros extranjeros. Los muertos se contaban por decenas de miles después de las batallas. Las ciudades vencidas pagaban su derrota con sangre, además de con oro. Las esperanzas y los temores de los italianos pasaron cada vez más a un segundo plano, importaban cada vez menos, mientras las alianzas de sus opresores y sus aliados aumentaban en amplitud y complejidad. Las esperanzas de un cardenal inglés, que afectaban a

las ambiciones de un monarca español, tendrían repercusiones sobre un emperador alemán, que, a su vez, afectarían a los franceses, y por lo tanto a los suizos... La serie de interacciones no tenía fin, pero Italia las sufría todas.

El reconocimiento por parte de León del hecho de que el control de los asuntos de Italia ya no estaba en manos italianas se manifestó en su disposición a firmar tratados con cualquiera de los dos bandos dominantes en pugna como y cuando el bando en cuestión lo consideró conveniente. Franceses y españoles miraron atónitos la flexibilidad de las promesas del papa. Los italianos aseguraban que conocían demasiado bien esta cualidad de los Médicis. «Ciertamente, la casa de los Médicis ha tenido siempre una peculiar disposición para eso. Se dice que el papa León acostumbra a decir que haber firmado un tratado con una parte no impide tratar con la otra.»¹⁵

En general, a León, como a Julio II antes que a él, le disgustaban más los franceses que los españoles. Pero, al contrario que Julio II, estaba ligado a ellos, ya que su hermano Giuliano se había casado con la tía del temerario joven Francisco I, el nuevo rey de Francia. Eso no le impidió entrar en negociaciones con los enemigos de Francisco, y cuando éste destruyó en Marignano a un ejército combinado suizo-español y ascendió al trono ducal de Milán, León hizo alegremente las paces con él y pidió favores para sus parientes. «Parece que Su Santidad está haciendo un doble juego —escribió el iracundo rey de España a su embajador—. Todo su celo para expulsar a los franceses de Italia no es más que una farsa.»¹⁶ En realidad, León estaba haciendo un único juego y bastante coherente: el juego que habían practicado tantos predecesores suyos: el engrandecimiento de su familia.

León había nombrado cardenal a su primo Giulio poco después de su elección. Al nombramiento había precedido necesariamente un acto de perjurio, ya que Giulio era ilegítimo; para salvar el impedimento canónico se redactó una declaración afirmando que sus padres estaban casados. El nuevo cardenal recibió el lucrativo e importante puesto de vicescanciller. Giulio fue una buena elección: modesto, culto, honrado, desempeñó sus deberes excelentemente y sin intentar salirse de su posición de subordinado. Su desastrosa debilidad no se puso de manifiesto hasta que heredó la suprema autoridad. León tenía intención de elevar al más alto de los cargos seculares a su amado hermano menor Giuliano. En febrero de 1515, Giu-

15. Alberi. *Documenti*, Ser. II, III, 290.

16. Bergenroth, II, 240.

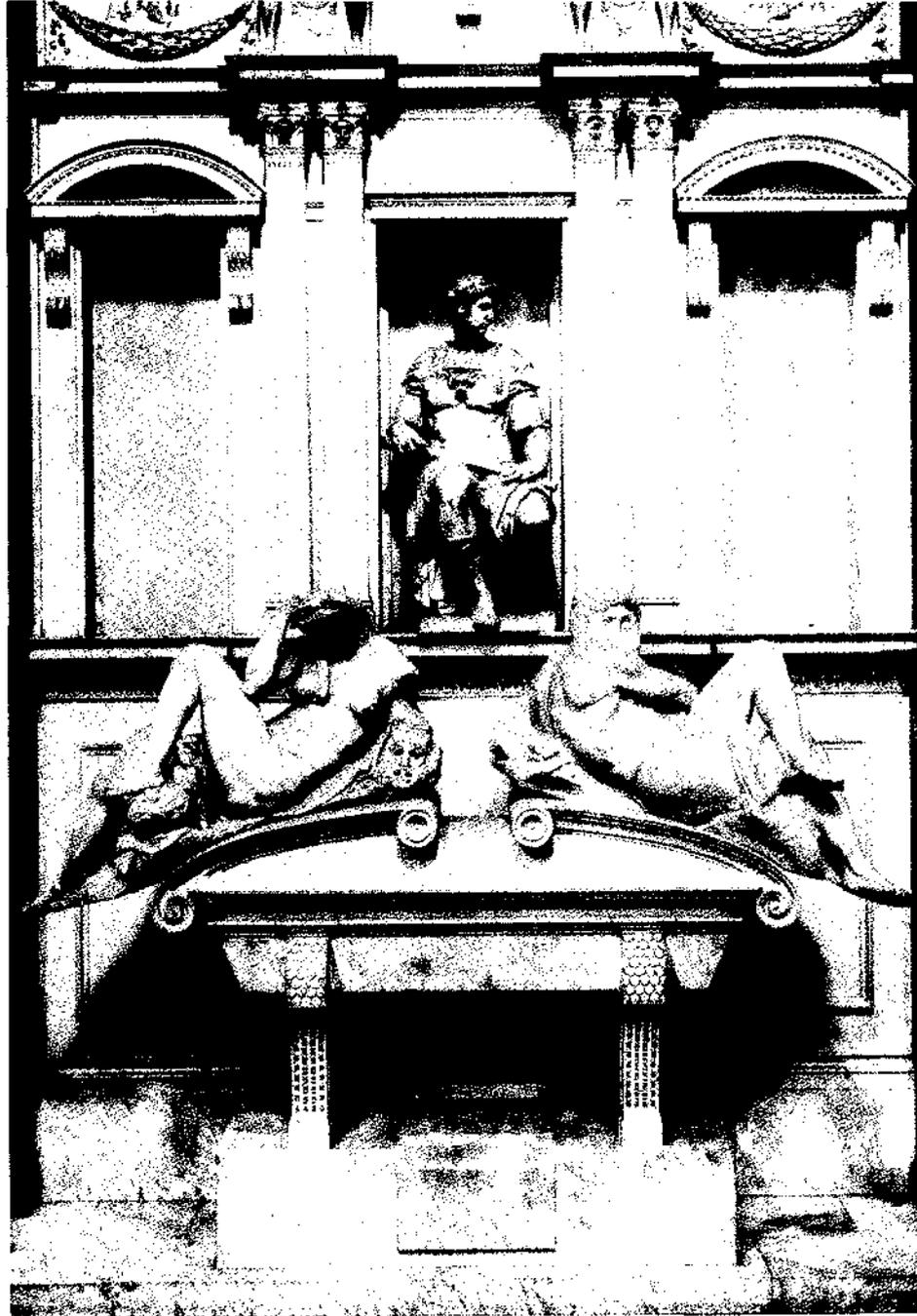
liano fue a Francia para casarse con una princesa francesa, primera alianza real de la familia Médicis y antesala de otras. León le cedió los ingresos de Parma, Piacenza y Módena —un total de 4.000 ducados anuales— y el rey de Francia concedió un ducado a su nuevo pariente.

La llegada de los recién casados a Roma sirvió de pretexto para que el esplendor de los Médicis luciera en las ceremonias. Al final, cuando se había lanzado el último trozo de carnaza a la plebe; cuando se había pagado a las hordas de juglares y músicos y poetastros; cuando se habían recontado todos los terciopelos, damascos, sedas, vinos y flores, los gastos se situaron alrededor de los 150.000 ducados, más del triple de los ingresos anuales del nuevo duque. Pero aquellos ingresos eran sólo un arreglo provisional. León tenía mejores planes para su hermano: el reino de Nápoles, quizás, o un ducado extraído de la Lombardía, o, una vez más, de los Estados de la Iglesia.

Pero Giuliano no pudo volver a beneficiarse del amor de su hermano. Murió a los dos años escasos de matrimonio, dejando un hijo bastardo como único heredero. Aquello fue un golpe personal para León, que le quería realmente. En cambio, la muerte de Giuliano fue una suerte desde un punto de vista político, pues si hubiera vivido probablemente no hubiese demostrado la energía necesaria para respaldar las ilimitadas ambiciones dinásticas de León. Su padre le había llamado su hijo «bueno», y, desde luego, Giuliano no hizo nunca nada que contribuyera a desacreditar el nombre de la familia. Pero aquella cualidad era más bien negativa. Surgía de la melancolía de un hombre introvertido que se había contentado con dejar que otros planearan su vida.

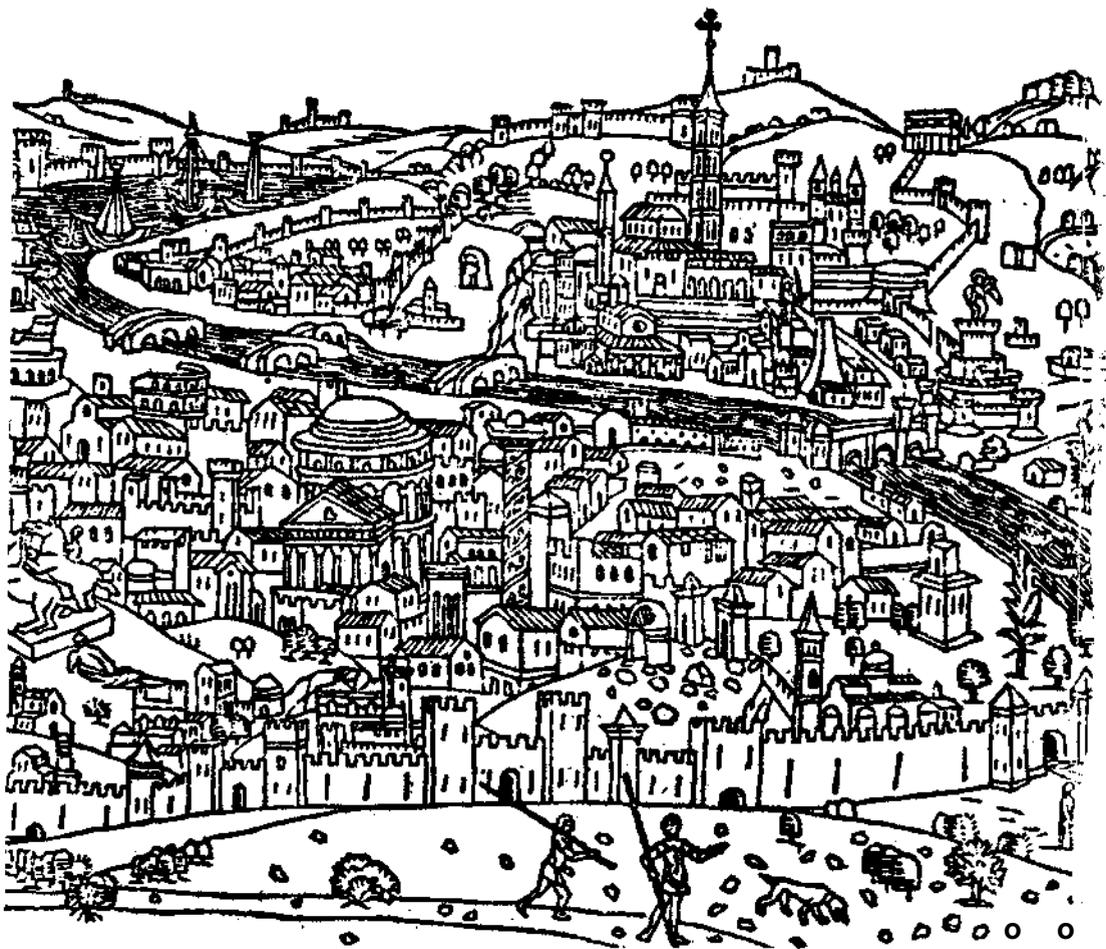
Todas las energías de León, todo su amor y su ambición familiar se volvieron ahora hacia su sobrino Lorenzo, el hijo de Piero, su hermano mayor, también muerto.

Lorenzo al menos era positivo, lo bastante positivo para envenenar a un tío con tal de atraer sobre sí todas las atenciones del otro, murmuraba la gente. Lorenzo apenas tenía dieciocho años cuando su tío León, forzado a renunciar a su papel de señor de Florencia por su elección al Papado, había buscado otro miembro de la familia para que rigiera la ciudad en su lugar. Pese a todo el cariño que le tenía a Giuliano, no se lo podía imaginar como señor *de jacto* de Florencia. Los florentinos estaban sólo a medio domar. Su vigor republicano requería un jinete menos suave y nervioso que Giuliano. León vio en el joven Lorenzo la necesaria firmeza y flexibilidad, y, en consecuencia, éste fue quien se instaló en el nuevo y espléndido pala-



THE MANSSELL COLLECTION, LONDON

Tumba de Giuliano de Médicis, por Miguel Ángel.
Capilla de los Médicis, Florencia.



THE MANSELL COLLECTION, LONDON

cio florentino de los Médicis cuando León partió para el Vaticano. El papa siguió ejerciendo su control a distancia, y ahora, a los tres años de su elección, consideraba que el joven Lorenzo había justificado ampliamente las esperanzas puestas en él. Ahora que Giuliano había muerto, Lorenzo debía convertirse en el fundador de la casa ducal de los Médicis.

Julio II había dejado un solo príncipe independiente reinando en los Estados Pontificios: su sobrino Francesco María della Rovere, duque de Urbino. El *Papa terribile* se había mostrado tan poco inmune como sus antepasados a la eterna tentación papal del nepotismo, pero al menos en su caso hay que reconocer que empleó ese nepotismo con buen fin, situando a un hombre de confianza en aquella región notablemente agitada. El duque tuvo que pagar, tarde pero completo, el precio de tan peligroso honor. León, en su búsqueda de un ducado digno de su sobrino Lorenzo, fijó la mirada en la bella ciudad montañosa de Urbino y sus desperdigados pero ricos pueblos. Como señor feudal de los Estados Pontificios, el papa tenía derecho a deponer a cualquier vasallo que considerara inadecuado; no fue difícil encontrar oportunas pruebas de la incompetencia de Della Rovere. Éste, como la mayoría de sus hermanos de clase, tenía un pasado que no resistía ni el más superficial de los escrutinios. Había de por medio el asesinato de un cardenal, por el que, no hay ni que decirlo, Della Rovere había recibido la absolución papal. Pero un asesinato era un asesinato. Además, Della Rovere se había mostrado muy reticente a la hora de apoyar las actividades militares de León en la Lombardía. En consecuencia, León le depuso.

Della Rovere reaccionó violentamente. Primero envió a su madre adoptiva a Roma, quien intercedió con elocuencia ante León, recordándole los favores que los Della Rovere habían hecho a los Médicis cuando éstos fueron expulsados de Florencia. ¿Acaso no había tenido ella misma al joven Lorenzo en sus brazos? ¿Y ahora, que el niño se había hecho hombre, iba a despojar a sus protectores? El propio hermano del papa, Giuliano, admitió la deuda de los Médicis y había protegido Urbino mientras vivió. ¿Iba a defraudar León los deseos de su hermano después de muerto?

Eso fue precisamente lo que hizo León. No contento con degradar a Della Rovere, le excomulgó por negarse a ir a Roma a prestarle sumisión. Los franceses le suministraron tropas de buena gana, y con el mismo propósito que les había llevado a ayudar a Rodrigo Borgia una década antes. Lorenzo de Médicis fue nombrado capitán

general de las fuerzas, y el ducado de Urbino cayó. El 8 de agosto de 1516, Lorenzo fue investido duque de Urbino, el primer título hereditario que caía en manos de los Médicis. León insistió en que todos los miembros del Sacro Colegio firmaran el acta de investidura. Le obedecieron, con la única excepción del obispo de Urbino, quien no quiso asociarse a aquel latrocinio. Prudentemente, salió acto seguido de Roma, ya que, si bien León el «dilettante» se podía reír ante un desaire, León el político no lo hacía nunca.

Lorenzo, duque de Urbino, no disfrutó mucho tiempo en paz sus posesiones. León había cometido el viejo error de arrojar un enemigo a la desesperación, negándose incluso a levantar el castigo espiritual de la excomunión, a pesar de que Della Rovere le suplicó que lo hiciera «por la salvación de su alma». El duque exiliado se encontraba en peligro inminente y diario de que lo asesinaran, así que consideró más seguro atacar que huir, y organizó un ejército para recuperar lo perdido por la fuerza. Encontró partidarios con relativa facilidad. Los franceses se estaban arrepintiendo de la ayuda que habían prestado a León, pues corrían rumores de que el papa tenía intención de convertir a su sobrino en duque de toda la Romana para lanzar posteriormente un ataque contra sus benefactores. Hasta el Colegio de Cardenales prestó su apoyo tácito a Della Rovere. El encanto de los Médicis se estaba resquebrajando, y ahora no parecía haber mucha diferencia entre las ambiciones de León y las del nada llorado Alejandro VI.

León estaba furioso. En su calidad de supremo pontífice apeló a la Cristiandad para que le ayudara en su lucha titánica con aquel impío rebelde. Se fijaron impuestos de guerra en todos los Estados Pontificios, pidió créditos a los banqueros de Roma y Florencia y obtuvo de ellos gigantescas sumas de dinero a un interés del cuarenta por ciento. Haciendo gala de sentimientos caballerescos, Della Rovere envió un embajador a Lorenzo, desafiándole a decidir el problema en un combate singular. Lorenzo ignoró desdeñosamente el desafío y, rompiendo su promesa de salvoconducto, envió al embajador a Roma para que lo «examinara» su tío. León aprobó la traición de su sobrino y sometió al infortunado hombre a tortura para enterarse de las intenciones militares de su señor.

Della Rovere y los Médicis lucharon por la soberanía de Urbino durante la primavera y el verano de 1517. Al fin triunfaron los Médicis, pero no tanto por la eficiencia militar de Lorenzo o la majestad ofendida del pontífice como por el desagrado con que veían franceses y españoles aquella campaña. Los dos monarcas habían llevado sus tropas a Italia para ventilar su propia guerra dinástica, no para

actuar como auxiliares en la guerra por un diminuto ducado. En una extraña y provisional alianza, presionaron sobre Della Rovere y le convencieron para que se retirara de la contienda, garantizándole la vida y las posesiones personales. Sin su apoyo estaba indefenso, y lo sabía; aceptó de mala gana, lo que para él no era una derrota sino un exilio temporal. El tiempo le daría la razón.

León había triunfado, pero a un precio enorme en oro y prestigio. Los italianos, que creían haber presenciado la última palabra en depravación humana durante el reinado de los Borgia, se escandalizaron ante aquella ruptura a sangre fría de un salvoconducto. Si se podía mutilar la sacrosanta persona de un embajador para conseguir una pequeña ventaja temporal, ¿quién estaba seguro? De hecho, no podía garantizarse la vida y la libertad de ninguna persona —ni siquiera la del papa— entre las incesantes intrigas del palacio apostólico.

La conspiración de los cardenales

París de Grassis, el nuevo maestro de ceremonias, había aprendido su oficio de John Burchard. Pero no mostró especial gratitud por ello. En realidad, odiaba a Burchard por alemán, y le envidiaba como superior, pero al menos le hizo a su maestro el cumplido de continuar su diario. Tenía la misma pedantería de Burchard —su obsesión por los detalles de precedencia, por los colores correctos de las vestiduras, etc.—, pero le faltaba por completo la objetividad del alemán. A juicio de París, León era casi sobrehumano, un semidiós capaz de controlar sus emociones incluso ante la muerte de su hermano Giuliano. Al diario de París le falta, pues, ese desapasionado sentido de la verosimilitud que Burchard supo darle sin esfuerzo al suyo. Pero París tuvo ocasión de registrar, como con una cámara, un acontecimiento bastante común pero raras veces presenciado: el preciso momento en que la víctima se zafa de un complot urdido contra su vida.

El 21 de mayo de 1517 por la mañana, los cardenales se reunieron en consistorio. «El papa mandó llamar después al cardenal de Ancona, con quien estuvo más de una hora. Como todos nos sorprendimos de tan larga entrevista —anotó después París—

miré a través de la puerta entreabierta y vi en la cámara del papa al capitán de la guardia y a dos soldados que estaban esperando completamente armados. Temí alguna circunstancia adversa, pero permanecí en silencio. Sin embargo, al ver a los cardenales Riario y Farnese entrar en la cámara del papa con gran júbilo, llegué a la conclusión de que el papa los había llamado para consultar con ellos la promoción de cardenales, de lo cual había hablado aquella

mañana. Pero apenas hubo entrado el cardenal Riario, el papa —que usualmente caminaba con gran cuidado entre dos de sus chambelanes— salió rápidamente de la habitación y, cerrando la puerta tras él, dejó al cardenal Riario con los guardias. Muy asombrado ante aquellas prisas, le pregunté al papa las razones de ellas, y también si pensaba entrar al consistorio sin su estola. Le colocamos la estola. Estaba pálido y muy agitado. Entonces me ordenó, con un tono más enérgico que el habitual, que echara a todos los cardenales del consistorio, y a continuación, en voz todavía más alta, que cerrara la cámara consistorial. Obedecí, y ya no me quedó ninguna duda de que el cardenal Riario había sido arrestado. Los otros asistentes y yo empezamos a hacer conjeturas sobre las causas de aquel proceder, pero el papa se las explicó personalmente poco después.

Había un complot para envenenarle y nombrar a Riario sucesor. El motor del complot era un joven y oscuro cardenal, Alfonso Petrucci, que albergaba un resentimiento muy corriente. Su hermano, el floreciente tirano de Siena, había sido expulsado por el partido pro-Médicis de la ciudad y las posesiones de los Petrucci habían sido confiscadas. El joven Petrucci se sintió particularmente resentido porque había sido uno de los partidarios más decididos de Giovanni de Médicis en el cónclave que le eligió papa. Y, ahora, lejos de beneficiarse de la lluvia de oro, la familia Petrucci había sido arruinada por aquel ingrato papa. El hecho de que hubieran merecido esa suerte carecía de importancia; en aquellos tiempos, pocos hombres eran recompensados según sus méritos.

Petrucci pensó en un primer momento seguir el ejemplo de algún héroe clásico y apuñalar al papa en algún lugar lo bastante público. Pero surgió en él un tardío temor al sacrilegio, y al fin se decidió por un método que dejaría sus manos técnicamente limpias de sangre. León estaba sometido a tratamiento de una úlcera anal muy dolorosa. El médico del papa sufrió una oportuna indisposición, y Petrucci planeó sustituirlo con otro de su propia elección que mezclara algo de veneno en el unguento que aplicaban a la úlcera. El plan hubiera tenido éxito de no ser porque León, con un pudor providencial, no quiso que le curara un extraño. El papa no sospechaba nada todavía, pero Petrucci fue, a partir de ese momento, más y más descuidado en sus confidencias, y se traicionó. Salió precipitadamente de Roma, pero la promesa de un salvoconducto le indujo a volver. Los salvoconductos de los Médicis estaban totalmente

17. Citado en Roscoe, *Leo*, II, 72.

desacreditados, pero éste contaba con la garantía del embajador español. En cuanto Petrucci pisó Roma lo arrestaron y, a pesar de las acaloradas protestas del español, cuyo honor estaba en entredicho, el joven conspirador fue encerrado en Sant'Angelo.

Hasta entonces, el asunto no había pasado de la supresión rutinaria de un descontento. Se produjeron algunas protestas por la cuestión del salvoconducto, el segundo que traicionaban los Médicis, pero León replicó airadamente al embajador que «no es necesario mantener la palabra dada a un envenenador», y le dijo a los venecianos, que también habían protestado, que él no había hecho promesa alguna al español, y que Petrucci había recibido simplemente un permiso normal para acudir a Roma. En general, Italia llegó a la conclusión de que Petrucci se había ganado a pulso su suerte en este asunto.

Pero el episodio no acabó con el encarcelamiento de Petrucci. Sometido a tortura, complicó a más y más cardenales, y no miembros jóvenes del Colegio, sino hombres de alto rango como Riario, que llevaba más de cuarenta años en el Sacro Colegio; Soderini, el conciudadano de León; el genovés De Saulis; Adrián de Corneto, el favorito de León. Todos estos nombres fueron arrancados del maltrazo Petrucci gracias a la habilidad profesional de los torturadores papales de Sant'Angelo. León había pensado en enfrentar a los cardenales con la dramática revelación de Petrucci en pleno consistorio, pero, asustado ante la amplitud de la conspiración, decidió eliminar de momento al hombre elegido para sucederle —el cardenal Riario—, que había sido también su principal rival durante el cónclave.

Hasta París de Grassis se sintió impresionado ante el arresto de Riario, dado el respeto y la popularidad de que gozaba el decano del Sacro Colegio.

Casi no podíamos creer que el cardenal Riario, cuya prudencia y dotes eran tan conocidas de todos, estuviera complicado en semejante complot... O, si era culpable, que no hubiese hecho algo para escapar. Por eso nos sentimos inclinados a creer que el papa había hecho esa acusación como pretexto para vengarse de anteriores injurias.¹⁸

Otros compartían esta opinión, aunque esas «anteriores injurias» hubiesen tenido lugar antes del nacimiento de León, cuando Riario se había visto envuelto en una conspiración contra el padre de León.

18. *Ibíd.*, 73.

Parece improbable que un hombre, aunque se llamara Médicis, pueda albergar deseos de venganza durante toda una vida, y los hechos que se revelaron después, verdaderamente, lo hacen más improbable todavía.

León convocó un pleno del consistorio para el 8 de junio. Hasta ese día permaneció encerrado en Sant'Angelo; explicó a sus servidores que estaba desenredando los enmarañados hilos del complot. Roma se mantuvo tranquila gracias a la presencia de soldados papales en todas las esquinas, listos para aplastar el primer síntoma de rebelión. Pero los romanos hacía tiempo que habían perdido su capacidad o su deseo de quitarse de encima el dominio del Vaticano; el peligro amenazaba más de cerca al papa León. El Sacro Colegio, el instrumento privilegiado del poder papal, había cometido un acto sin precedentes. Ya no era posible considerar la conspiración como la acción impulsiva de un joven resentido. El propio Colegio había intentado destruir al personaje por él creado. ¿Por qué?

¿Por qué?, preguntó León en el consistorio. ¿No se había mostrado bondadoso con el Colegio, no le había concedido todos los favores posibles? ¿Por qué se lo habían agradecido con esa traición? El Colegio guardó silencio, lleno de terror, pero resignado. Uno a uno, todos los miembros fueron llamados para que declararan bajo juramento si eran o no culpables. Los implicados por Petrucci fueron aislados poco a poco. Francesco Soderini negó al principio su delito; luego lanzó una andanada de insultos contra León, y, finalmente, se postró a sus pies suplicando perdón. Se produjo un tenso silencio; León afirmó entonces que había otro conspirador, y Adrián de Corneto, presionado por sus colegas, admitió haber tomado parte en las traicioneras discusiones. León se declaró satisfecho con eso. En un largo y patético discurso, afirmó que, aunque los culpables se merecían la degradación y la muerte, se contentaría con multarlos y perdonarlos. El Colegio, asombrado, aplaudió calurosamente su generosidad.

Pocos días después, Petrucci, Riario y De Saulis fueron despojados de todas sus dignidades y entregados al brazo secular de la justicia para que les impusiera el sangriento castigo con el que la jerarquía espiritual no podía mancharse las manos. Soderini y Corneto, apreciando la clemencia de los Médicis en lo que valía, aprovecharon aquel respiro para abandonar Roma con la firme intención de no regresar hasta que muriera León. Únicamente Petrucci y sus servidores personales sufrieron la tortura con hierros al rojo vivo y la ignominiosa muerte al extremo de una cuerda, pues los poderosos ami-

gos de Riario y De Saulis obligaron a León a hacer una demostración práctica de su pretendida clemencia.

Fue un episodio muy curioso en su conjunto. Cada uno de los acusados tenía algún motivo de queja contra León: el hermano de Soderini había sido expulsado de Florencia por los Médicis; a Riario se le había escapado la tiara por la elección de León; Corneto y De Saulis eran parientes del despojado duque de Urbino. Pero es probable que todos los demás miembros del Sacro Colegio tuvieran también alguna cuenta pendiente con el papa. Considerados en conjunto o por separado, los motivos aparentes de la conspiración no eran lo bastante sólidos para impulsar a un grupo de hombres ricos y poderosos a arriesgar su libertad y sus vidas en un atentado tan inepto contra la vida de León. Y, sin embargo, todos habían confesado abyectamente. Las minutas del «juicio» no se hicieron públicas, y se extendió rápidamente el rumor, fuera del Colegio, de que todo había sido un truco de los Médicis para eliminar definitivamente a sus enemigos y llenar los cofres del papa, desesperadamente necesitados de dinero.

El rumor pareció recibir una inesperada confirmación semanas después, el 26 de junio, cuando León hizo un nombramiento masivo de 31 cardenales. Todos pagaron generosamente su capelo, y la suma que pasó a manos de León para financiar la guerra de su sobrino por Urbino superó probablemente el medio millón de ducados, sólo en esta transacción. Sin embargo, más importante que el dinero era el hecho de que el Sacro Colegio estaba ahora inundado con partidarios de los Médicis. Aquellos cardenales que habían presenciado con desagrado y aprensión el ininterrumpido engrandecimiento de la familia Médicis se veían ahora superados en número por los que se lo debían todo a los Médicis. Desde entonces y hasta el final de su pontificado, León no tuvo más problemas con el Sacro Colegio, convertido, una vez más, en el dócil instrumento del poder del papa.

El oro obtenido de las multas y los derechos de investidura permitieron a León llevar la guerra de Urbino a un poco convincente final en el otoño de 1517. Ahora no había nada demasiado bueno para el joven duque de Urbino. León tendió su mano a los despreciados franceses en marzo de 1518 para arreglar otro matrimonio real, y el joven Lorenzo de Médicis viajó con un cortejo regio hasta Amboise, donde se casó con Madeleine de Auvergne. A su regreso a Italia, Lorenzo consideró más prudente fijar su residencia en Florencia y no en Urbino, que aún piafaba bajo la tiranía que le habían impuesto

desde fuera. Pero seguía en posesión del título de duque, y los florentinos, olvidando velozmente aquel republicanismo que había sido su fuerza motriz durante siglos, utilizaron cobardemente ese tratamiento siempre que se dirigían a él.

Maquiavelo, buscando una forma de congraciarse con la familia que le había desterrado de Florencia a causa de sus simpatías republicanas, le dedicó su obra *El Príncipe*. Lorenzo hizo buen uso de aquel manual de práctica política, pero no, como esperaba Maquiavelo, para lanzar a Italia contra los bárbaros que la estaban arruinando. En lugar de eso, Florencia saboreó la primera aplicación de la política maquiavélica en un reinado que hizo parecer hermoso el de César Borgia. Pero Lorenzo murió antes de poder desarrollar plenamente sus talentos, y con él murieron las esperanzas que León había puesto en la rama legítima de los Médicis. No habían transcurrido ni dos años desde que Della Rovere fuera despojado de Urbino.

Lutero

Desde los primeros meses de su reinado, el dinero fue el problema más acuciante de León: dinero para pagar a los mercenarios que respaldaban el poder del Papado; dinero para gastarlo en las espléndidas chucherías que fluían de innumerables talleres; dinero para pagar a los artistas que estaban transformando el Vaticano en una gigantesca obra de arte; y, sobre todo, dinero para hacer realidad el titánico sueño de su predecesor: la nueva basílica de San Pedro. León era inmensamente rico, como hombre y como papa. Había heredado casi tres cuartos de millón de ducados que el frugal Julio había atesorado en Sant'Angelo; y los ingresos de los Estados Pontificios, desviados durante tanto tiempo por conductos ilegales, fluían de nuevo sin interferencias hasta el apostólico palacio. Los venecianos, capaces de calcular los ingresos de un cliente en potencia hasta el último ducado, estimaban que León podía contar con una cifra que andaba por los 400.000 ducados al año, procedentes, en parte, de los Estados Pontificios, y, en parte, de monopolios como el del vinagre, la sal o ese afortunado descubrimiento, el alumbre, que toda Europa necesitaba para teñir su lana. Aparte de estos ingresos semifeudales, el papa disponía de las incalculables cantidades procedentes de toda la Cristiandad: los beneficios y cuotas que la curia aviñonesa había organizado tan eficientemente casi dos siglos antes.

Pero los gastos de León superaban con mucho a sus ingresos. Sólo su corte era cuatro veces más numerosa que la de Julio; llegaba casi a las setecientas personas. Sus asesores financieros calculaban que gastaba normalmente ocho mil ducados al mes en el juego y en regalos de menor cuantía a sus favoritos. Casi la mitad de los ingresos de los Estados Pontificios se destinaban a pagar sus

inacabables banquetes, y el total de esa inmensa suma se empleaba en gastos puramente domésticos. Más, mucho más, se necesitaba para financiar sus ambiciones dinásticas. El coste total de la guerra de Urbino se situó entre los 800.000 y el millón de ducados; el joven Lorenzo gastó otros 200.000 en su viaje matrimonial a Francia. Buscando dinero donde podía encontrarlo, León elevó a más de dos mil el número de cargos vendibles de la curia. Fundó una nueva orden, la de San Pedro, y los derechos pagados por los nuevos caballeros pasaron rápidamente a las arcas de los Médicis. Se acercó una y otra vez a los banqueros solicitando nuevos préstamos. Las sumas pedidas hacían vacilar incluso a los banqueros florentinos, pero León era joven, su crédito se mantenía todavía alto, y los banqueros continuaron aportando su oro.

Pero, aunque León hubiese equilibrado gastos e ingresos, aunque se hubiese sometido a restricciones insólitas, la curia habría seguido atrapada. La basílica de San Pedro era una inmensa sima que se tragaba infatigablemente ingresos legítimos e ilegítimos. Las obras duraban ya diez años, tantos como la acalorada polémica que había provocado, y aún habría de pasar otro siglo antes de que pudiera consagrarse la basílica como templo completamente terminado. León había hecho suyo el grandioso plan de su predecesor, y hay que reconocer que le dio preferencia sobre sus propios proyectos durante todo su reinado. Pero el entusiasmo no es un sucedáneo del dinero, y era inconcebible que aquel glorioso florón del Papado muriera antes de nacer por falta de oro. León, ni corto ni perezoso, recurrió a su autoridad espiritual y decretó que la basílica de San Pedro era un objeto digno de que los fieles se ocuparan de él. Era legítimo emplear los ingresos obtenidos por la concesión de ciertas indulgencias en la construcción de la iglesia madre de la Cristiandad.

Fue una decisión de las que hacen época, pero León contaba con bastantes precedentes al tomarla. Más de cuatro siglos antes, Urbano II había concedido indulgencias y la plena remisión de los pecados a todos los que tomaran parte en la cruzada destinada a liberar el sepulcro de Cristo del infiel. Gradualmente se estableció la costumbre de que aquellos buenos cristianos que desearan ir a la cruzada pero no pudieran hacerlo, podían beneficiarse de la misma gracia sin más que aportar un *locum*, es decir, sin más que hacer una contribución en metálico a la cruzada. A partir de entonces, la costumbre se consolidó y amplió, llegando a convertirse en un método como cualquier otro de contribuir al sostenimiento de la curia, ni más ni menos defendible que el sistema aviñonés de hacer pagar

el privilegio de su cargo a los nuevos titulares con los ingresos del primer año.

León se encontró, pues, con una maquinaria ya en funcionamiento que podía servir a sus fines. Lo único que hacía falta era aplicarla a aquella necesidad concreta. Y dio la casualidad de que Alberto de Brandeburgo, un joven de veintitrés años, se encontraba en parecidos apuros financieros en Alemania. Acababan de concederle el costoso honor de ser consagrado arzobispo de Magdeburgo y tenía que entregar unos 24.000 ducados a la curia. La gran casa de banca de los Fugger le había prestado el dinero, pero había que devolverlo. León propuso que se promulgara en Alemania una indulgencia de ocho años en beneficio de San Pedro y una nueva guerra santa contra el turco; Alberto —o, mejor dicho, los Fugger— se quedaría con la mitad de lo recaudado y el resto iría a parar a Roma. Alberto aceptó agradecido la propuesta, y encargó la redacción de la proclama a un monje dominico llamado Johann Tetzel.

La doctrina de la Iglesia en materia de indulgencias era muy complicada y estaba centrada en la tesis de que el poder para abrir o cerrar las puertas del Cielo se lo había transmitido al obispo de Roma el fundador de la Cristiandad a través de la sucesión apostólica. La doctrina declaraba en esencia que, aunque el sacramento de la penitencia absolvía del pecado al pecador, aún quedaban en pie los sufrimientos del castigo temporal que merecía su culpa, castigo que le sería administrado en el purgatorio. No obstante, había ciertos actos y objetos que tenían la virtud de provocar la remisión de todo el castigo o parte de él. Cada indulgencia obtenida equivalía al número que se especificara en ella de días terrenos de penitencia, y lo mismo podía emplearse inmediatamente para librar al alma del purgatorio que reservarla como crédito para el futuro.

Tetzel redujo la compleja teología a una fórmula sencilla, satirizada en una coplilla que se propagó con vertiginosa rapidez:

*En cuanto la moneda en el cofre suena,
el alma del fuego salta.*

Incluso se prescindía de la necesidad de la contrición individual:

Tengo aquí los pasaportes... para llevar el alma humana al Paraíso. Considerando que por uno solo de los pecados mortales, varios de los cuales se cometen cada día después de la

confesión, se imponen siete años de expiación en la tierra o en el Purgatorio, ¿quién, por ahorrarse un cuarto de florín, vacilaría en hacerse con una de estas cartas que introducirá su alma divina e inmortal en los gozos celestiales del Paraíso?¹⁹

Tetzel, como León, también contaba con precedentes. En el mismo Wittenberg, por ejemplo, había una extraña colección de reliquias cuya exhibición a un cristiano bastaba para que obtuviera un total de 1.443 años de indulgencia, previo pago, claro está, de la correspondiente cuota. Pero las indulgencias de Tetzel, difundidas masivamente gracias al nuevo y maravilloso descubrimiento de la imprenta, tenían todo el encanto de la novedad y la accesibilidad. Ya no era necesario que el cristiano hiciese un largo y costoso viaje hasta algún santuario. Ahora le llevaban las indulgencias hasta su misma puerta. Tetzel hizo una entrada triunfal en todas las ciudades de su itinerario.

Iba precedido por la Bula del Soberano Pontífice transportada sobre un trozo de terciopelo escarlata y oro. Las gentes, sacerdotes y monjes, los eruditos, todos los hombres y mujeres salían en procesión a recibirle con velas encendidas y estandartes desplegados, mientras todas las campanas de la ciudad sonaban alegremente. En medio de la nave de la iglesia mayor se levantaba una gigantesca cruz roja sobre la que se fijaba el pendón pontificio. Ni al mismo Dios se le podría haber hecho un recibimiento tan magnífico.²⁰

Un agente de Fugger, discretamente situado, se aseguraba de que el 50 por ciento de todo lo recaudado pasara a poder de su patrón como reembolso de la deuda que había provocado todo aquel aparato. Y tuvo que trabajar lo suyo, pues el dinero manaba sin cesar. Pero no todos los que se agolpaban alrededor del tenderete estaban ansiosos por adquirir sus pasaportes para el Paraíso. Algunos espíritus desconfiados pagaron el precio, pero enviaron las octavillas a un doctor en teología de la Universidad de Wittenberg que entonces tenía treinta y cuatro años. ¿Tenía inconveniente el Dr. Martín Lutero en comentar la validez de este curioso medio de salvación?

El 31 de octubre de 1517, Lutero clavó sus noventa y cinco tesis en las puertas de la catedral de Wittenberg. Los golpes de aquel mar-

19. Köhler, 128.

20. Myconius, *Historia reformationis*.

tillo sobre la madera de roble han tenido una significación dramática para las generaciones posteriores: era el gesto de un hombre libre desafiando a una autoridad inmensa y corrompida con un símbolo imperecedero. Pero, en aquel momento, Lutero se limitaba a seguir una práctica común, ya que las puertas de las iglesias eran el lugar más adecuado para colocar los avisos públicos. Lo único que pretendía, y así lo interpretó todo el mundo, era ofrecerse para defender en un debate los noventa y cinco puntos con los que pretendía establecer la ilegitimidad del uso que se estaba haciendo de las indulgencias. No obstante, algunos puntos eran bastante duros, sobre todo los que hacían referencia a la riqueza de los Médicis. Si León estaba realmente autorizado para liberar a las almas del purgatorio, ¿por qué no pagaba la construcción de San Pedro de su bolsillo y vaciaba así de golpe el purgatorio de todas las almas que sufrían en él? Tetzl replicó poco después con sus anti-tesis, y empezó la guerra verbal.

León recibió la noticia de aquella «riña monjil», como la llamó, con una sonrisa y un suspiro. Acababa de escapar a la conspiración más peligrosa que había amenazado nunca a un papa, y resumió la diferencia entre la acción de Petrucci y la de Lutero con uno de sus nítidos epigramas: «Han apartado el hacha de la raíz y la han dirigido contra las ramas».²¹

No había ninguna razón para preocuparse demasiado por la actitud de Lutero. Los últimos dos siglos habían contemplado una interminable procesión de misántropos que ponían objeciones a este o aquel aspecto del poder papal y a la corrupción que inevitablemente le acompañaba. Dante, Huss, Petrarca, Santa Catalina de Siena, Arnoldo de Brescia, Jerónimo de Praga, Santa Brígida de Suecia... Cada generación producía algún crítico vocinglero. Unos habían acabado en la hoguera, otros en el santoral; pero ninguno había ejercido la menor influencia a la hora de desviar o frenar la carrera del Papado. León había presenciado el apogeo y la caída del más reciente en su ciudad natal. Durante el exilio de los Médicis, Jerónimo Savonarola había reinado como una especie de sacerdote-rey y, creyendo que tenía asegurado el afecto de los florentinos, había lanzado contra el papa Borgia proyectiles mucho más hirientes que aquellas caballerizas tesis de Lutero. Savonarola había corrido la misma suerte que todos los reformadores violentos. Quizá fue Alejandro VI quien firmó su sentencia de muerte, pero fueron sus ardientes adoradores, los ciudadanos de Florencia, quienes encendie-

21. Citado en Roscoe, *op. cit.*, II, 95.

ron la pira en la misma *piazza* que había presenciado su triunfo.

Sin embargo, León olvidaba que los partidarios de Savonarola pertenecían a la ciudad más voluble del más voluble de los países; mientras que los partidarios de Lutero eran aquellos tozudos y devotos germanos que, a lo largo de los siglos, se habían echado una y otra vez sobre los hombros la tarea de limpiar los establos de Roma. Otón el Grande descendió desde Alemania seiscientos años antes para crear el Sacro Imperio Romano de la nación alemana y era del mismo tronco sajón que Martín Lutero. Los partidarios de ambos vieron en ellos instrumentos divinos, y estaban igualmente dispuestos a respaldar su convicción con oro y acero. Los italianos raras veces se consideraban obligados a ir a la guerra santa; lo normal era que emplearan sus energías en la supresión de sus compatriotas. Pero aunque León hubiera decidido inmediatamente emprender una acción autoritaria contra Lutero, se lo habría impedido la red de intereses políticos que rodeaba y protegía al todavía involuntario fundador de la Reforma. Los señores temporales de Alemania eran hijos leales de la Santa Iglesia, pero eran también alemanes ansiosos de aprovechar cualquier oportunidad que se les presentase para consolidar o incrementar su hegemonía sobre la zaramandada Europa. El emperador Maximiliano de Austria quería asegurarse que la corona imperial continuaría en poder de la casa de Habsburgo; Francisco I de Francia no veía ninguna razón para que la corona no viniera a él en lugar de pasar al nieto de Maximiliano, Carlos. Más pronto o más tarde, el Papado, fatalmente mezclado en la política europea, tendría que inclinarse por uno de los dos bandos.

Pero, en cualquier caso, León siempre prefirió utilizar la persuasión en los problemas intelectuales, y, cuando al fin no tuvo más remedio que darse por enterado de aquella riña de Alemania, reaccionó suavemente. Reconoció que la doctrina de las indulgencias había sido groseramente supersimplificada; promulgó un edicto condenando los abusos cometidos, y su nuncio, Karl von Miltitz, castigó tan salvajemente al pobre Tetzl que el monje fue, a partir de entonces, un hombre acabado. El mismo Lutero avanzaba tan de mala gana por su camino, que la reconciliación pareció posible en muchas ocasiones. Pero, gradualmente, papa y monje se fueron aproximando a unas posiciones en las que toda maniobra era imposible.

Fue Erasmo de Rotterdam el primero en señalar que Lutero buscó sólo el apoyo de los intelectuales en aquella primera etapa. «No sé cómo ha ocurrido, pero el caso es que los que al principio se opusieron a Lutero eran también enemigos de la cultura y, por tanto,

los amigos del saber le fueron menos adversos a él, porque darle la razón a sus enemigos hubiera sido perjudicar su propia causa.»²² Rechazado por la tosquedad y la intransigencia de Lutero, carente quizá del coraje o el deseo de lanzarse a aquel nuevo mundo, Erasmo se quedó al lado del viejo. Pero sus enemigos del interior de la Iglesia le acusaron de que su visión fríamente cínica del Papado contribuyó en no pequeña medida al éxito del grupo escisionista. «Él puso el huevo que Lutero empolló», decía con cierta razón una de las acusaciones.

Pero el brillante grupo de eruditos que León había mimado, cuya actividad dependía de su buena voluntad, permaneció en silencio desde el principio, en lo que a la defensa del Papado se refiere. Francesco Guicciardini, el historiador y estadista florentino, resume en su diario privado las razones, en una confesión sincera aunque poco heroica.

A nadie le disgusta más que a mí la ambición, la avaricia y el libertinaje de los clérigos... A pesar de ello, mi posición en la corte de varios papas me obligó a desear su grandeza en bien de mi propio interés. Pero, de no haber sido por eso, habría amado a Martín Lutero como a mí mismo, y no para liberarme de las leyes que la Cristiandad nos impuso, sino para ver devueltos al lugar que les corresponde a ese enjambre de canallas, para que se vieran obligados a vivir sin vicios o sin poder.²³

Lutero no hubiese expuesto mejor sus motivos de protesta.

Por tanto, la defensa del papa León corrió esencialmente a cargo de los hombres semicultos y fanáticos que veían en Lutero una especie de monstruo germano y que, incapaces de utilizar la aguda pero delicada arma de la cultura humanista, recurrieron a las viejas armas de cloaca. Lutero, capacitado para utilizar los dos tipos de armas con enorme energía y habilidad, los superó completamente. Conocía Roma, no tanto como él se creía, pero sí lo suficiente para impregnar de rencor personal sus ataques. Pasó algunos meses en la ciudad en 1511 y se había comportado entonces como cualquier peregrino piadoso, cosa que lamentaría después. «Anduve como loco de una iglesia a otra, creyéndome todas sus sucias tonterías. Incluso oí una docena de misas y lamenté mucho que mi madre y

mi padre estuvieran aún vivos, pues me hubiese alegrado poder redimirles del purgatorio con aquellas misas.»²⁴

Hizo suyos todos los chismes que corrían sobre los vicios del Vaticano. «Sí existe un infierno, Roma está construida sobre él, y esto lo he oído en la propia Roma. Tiberio, el emperador pagano, aunque fuera tan monstruoso como lo pinta Suetonio, resulta un ángel comparado con la corte actual de Roma. Doce muchachas desnudas se encargan en ella de servir la cena.»²⁵ Esta última acusación sentó muy bien en Alemania; pero es poco probable que León, el quisquilloso, hubiera permitido la grotesca yuxtaposición de carne viva y cocinada en su mesa.

Se empezó a discutir abiertamente si el Papado había corrompido Italia, como pretendía Maquiavelo, o si, por el contrario, había sido Italia la corruptora del Papado. Para la mayoría de los nortños, toda la península era una iridiscente ciénaga de corrupción, atractiva o repulsiva, según las inclinaciones de cada viajero. Roger Ascham escribió lo siguiente:

Estuve una vez en Italia, pero, gracias a Dios, mi estancia allí fue de sólo nueve días. Y, sin embargo, vi en tan corto tiempo y en una sola ciudad más libertad para pecar que la que había oído decir de nuestra noble ciudad de Londres en nueve años. Vi que allí se era tan libre para pecar, no sólo sin castigo, sino también sin reproche alguno, como se es libre en la ciudad de Londres para decidir, sin culpa si un hombre prefiere llevar zapatos o pantuflas.²⁶

Quizá los italianos resultaran demasiado indigestos para los delicados estómagos de los pedantes ingleses, pero la realidad era que todos se unieron a la hora de acumular infamias sobre Roma. El Papado no era la más rica de las potencias italianas, ni sobresalía Roma sobre sus hermanas de Italia en materia de corrupción moral. Nápoles, Venecia y Milán tenían unos ingresos superiores a los de León, y el vicio de las costumbres napolitanas y venecianas era famoso en toda Europa.

Pero Roma siguió siendo el blanco preferido de sátiras moralizadoras. Dos siglos antes, el propio Giovanni Bocaccio, que había disfrutado a placer de los encantos napolitanos, acuñó una frase que se repetiría una y otra vez. «Si quieres convertir a un judío, envíale a

22. *Ibid.*, 104.

23. Guicciardini, *Counsels*, n. 1, 123.

24. Lutero, II, 1612.

25. *Ibid.*, III, 3478.

26. *The Scholemaster*.

Roma. La depravación de la corte papal le convertirá a una fe capaz de resistir tal vergüenza.» Desde los días de Bocaccio, el fermento del Renacimiento, actuando sobre un pueblo fieramente individualista y muy inteligente, había agudizado las cualidades lúbricas de la vida romana al tiempo que la cubría con una pátina de cultura.

«Esos vicios, odiosos en sí mismos, resultan infames en hombres que hacen una profesión de vivir en especial dependencia de la Deidad»,²⁷ afirmó Guicciardini. Era ese contraste el que ofendía a italianos y alemanes, sobre todo a los italianos que vivían en el perímetro de la ciénaga, no en su centro. La contradicción era inevitable porque, aunque Roma era la sede del sumo sacerdote de la Cristiandad y de su jerarquía espiritual, también era sede del monarca papal, privado ahora de sus pretensiones al poder universal, pero todavía uno de los monarcas más importantes de Europa. A Roma llegaban, pues, los embajadores de todas las demás potencias, todos bien provistos de oro con el que comprar favores y sostener su rango; todos acompañados de un numeroso séquito de servidores ansiosos de saborear los placeres de la ciudad. Y los romanos, olfateando el oro, estaban dispuestos a no defraudarles si todo lo que tenían que hacer era venderles una reliquia o una muchacha, una indulgencia o una estatua antigua.

En las altas esferas de la sociedad, los placeres eran más refinados, pero, para la escandalizada mirada de los peregrinos, infinitamente más despreciables, ya que envolvían a los miembros de la jerarquía espiritual cuando actuaban en su calidad de príncipes temporales. Hasta los que participaban de uno u otro modo en la inacabable serie de las festividades proclamaban luego su asombro y su disgusto. El embajador veneciano, habituado al lujo de su ciudad, informaba de que, al final de una cena maratoniana, «nos levantamos de la mesa ahitos de múltiples viandas y ensordecidos por el continuo concierto» para arrastrarse a otras diversiones. La bella Isabel d'Este fue agasajada durante cuatro fantásticos meses cuando hizo una visita oficial a León. Roma apareció ante sus deslumbrados ojos como una especie de paraíso terrenal donde todos los deseos se realizaban con sólo formularlos.

Ayer, Su Magnificencia Lorenzo de Médicis nos invitó a cenar en su casa, donde vimos una espléndida corrida de toros en la que murieron cuatro toros. Cuando llegó la noche, estuvimos danzando durante unas tres horas. Aparecieron en la fiesta los muy reverendos cardenales de Aragón, Este, Pe-

27. Guicciardini, *op. cit.*, n. 1, 125.

trucci y Cibo, todos enmascarados, pero los cardenales Bibbiena y Cornaro, que estuvieron cenando también allí, iban sin máscaras. Estaban presentes las hermanas y sobrinas del papa. El banquete fue muy hermoso y escogido, y duró unas dos horas, tras de lo cual nos pusimos de nuevo a bailar, y así nos divertimos hasta las ocho.²⁸

León seguía su curso feliz. El corpulento pontífice aparecía con su luminosa sonrisa en corridas de toros, partidas de caza, juegos de pelota, banquetes, comedias, conciertos y bailes, disfrutando al ver que los demás disfrutaban. «Dios nos ha dado el Papado, disfrutemos de él.»

Lutero abordó el problema de la depravación romana en una curiosa carta a León que seguramente quería ser conciliadora, a menos que estuviera redactada con profunda ironía. Confirmaba al papa su amor y su piedad filiales. Después de todo, León no tenía la culpa.

Permaneces como un cordero entre lobos, y vives como Daniel entre los leones, o Ezequiel entre los escorpiones. La corte romana, que ni tú ni cualquier hombre puede negar está más corrompida que Babilonia o Sodoma, se hunde —según mis informaciones— en la impiedad más deplorable y notoria. El destino de la corte de Roma está decretado: La ira de Dios está sobre ella, detesta el consejo, teme la reforma. «Hemos medicinado a Babilonia y no se ha curado: Dejémosla, pues.» Siempre he lamentado, oh excelentísimo León, que tú, que eres digno de mejores tiempos, hayas sido elegido en días como éstos.²⁹

El 28 de julio de 1519, el nieto de Maximiliano fue elegido emperador con el nombre de Carlos V, y la mayor parte de Europa cayó bajo el control de aquel joven pálido y silencioso de veintidós años. Dos años después, Carlos convocó la Dieta de Worms para que considerara, además de otros asuntos del Imperio, el caso de Martín Lutero, monje excomulgado y súbdito del emperador. La condena imperial vino a sumarse a la excomunión papal, y quizá León creyó que había pasado aquel embarazoso episodio. Ciertamente sólo habían quemado a Lutero en efígie, pero había tenido que huir de la civilización, y desde su refugio montañoso de Wartburgo poca influencia podía ejercer, tanto sobre Italia como sobre Alemania. La

28. *Luzio*, 45.

29. *On Liberty*, citado en Roscoe, *op. cit.*, II, 213.

concordia entre el papa y el emperador era absoluta, y, un mes después, las tropas imperiales y pontificias se encontraron luchando codo a codo en Italia. Lorenzo, el sobrino de León, murió, pero aún quedaban dos jóvenes Médicis ilegítimos sobre los que fundar una dinastía. A finales de año, Florencia quedó segura para ellos y los franceses se batían en retirada en toda Italia. El 1 de diciembre de 1521 le llegó a León la noticia de que habían reconquistado Parma para él. Murió aquel mismo día por la tarde. Algunos afirmaron que la alegría desbordada que le produjo la noticia de Parma resultó excesiva para su débil constitución. Llevaba varios días enfermo. Otros aseguraron que la causa de la muerte fue el veneno. Los romanos, que se habían beneficiado mucho de su manirrota generosidad, capturaron a su copero, que se disponía a abandonar Roma con sospechosa precipitación, pero el pobre hombre era inocente. Hubo muchas acusaciones, pero nadie aportó pruebas y a nadie se juzgó.

Fue una suerte para León morir en aquel momento. Había logrado lo que Julio no pudo conseguir: contemplar la huida de los franceses. El emperador se mostraba respetuoso con el Papado, Lutero no era más que un monje fugitivo, la familia Médicis estaba firmemente establecida, el resplandor del Alto Renacimiento brillaba aún sobre Roma. Incluso tuvo suerte en la cuestión de a quién correspondía el mayor mérito por el Renacimiento romano. Fue Julio quien trajo a Roma los grandes artistas; quien, con su titánica energía, los había impulsado a seguir adelante. Pero fue el pontificado de León el que mereció de la posteridad el nombre de Edad de Oro. Muchos lloraron amargamente su desaparición. Pero ninguno tan amargamente como los banqueros y ricos cardenales, quienes, animados por su juventud, no sólo no habían reclamado la devolución de sus préstamos, sino que los habían incrementado. Y ahora no se los devolvería nadie, ya que las arcas de la Iglesia estaban completamente vacías.

SÉPTIMA PARTE

El último día de Roma

GIULIO DE MÉDICIS

Papa Clemente VII (1523-1534)